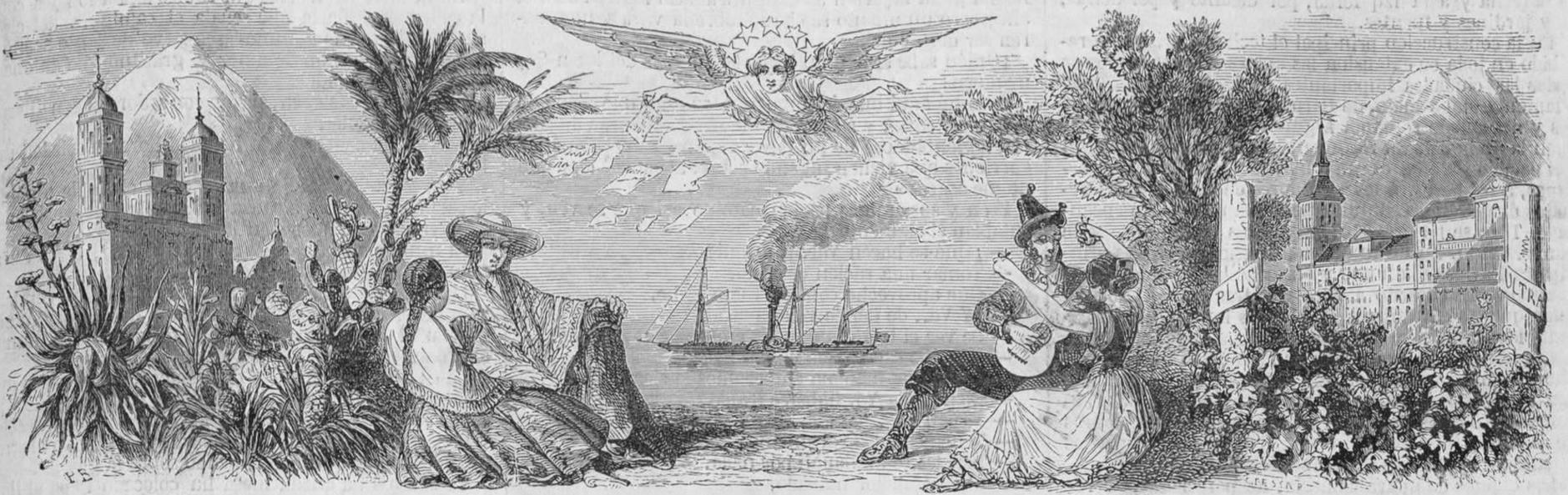


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
 Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 457.

SUMARIO.

La exposicion de Florencia; grabados. — Cuantos campesinos. — Revista de Paris. — Sucesos de América; grabados. — Leontius y el arcipreste José Wassilief; grabados. — Rosa la Ciega. — Viaje de sir Edmundo Broomley; grabados. — Apuntes de una excursion veraniega. — Experiencias de balas de cañon incendiarias; grabado. — Los cristianos de Damasco implorando la proteccion de Abd-el-Kader; grabado. — La fiesta de la cosecha en la Lituania; grabado. — Comicio agricola de Thonon; grabado. — En el album de la niña Aurora Perez de Iñigo. — Romanes. — Boletin científico. — El P. Giacomo; grabado. — La cárcel Mazas en Paris; grabado.



EXPOSICION DE FLORENCIA : EL PALACIO.

los italianos de todos los puntos de la península. En esta página damos una vista del edificio y de la galería principal.

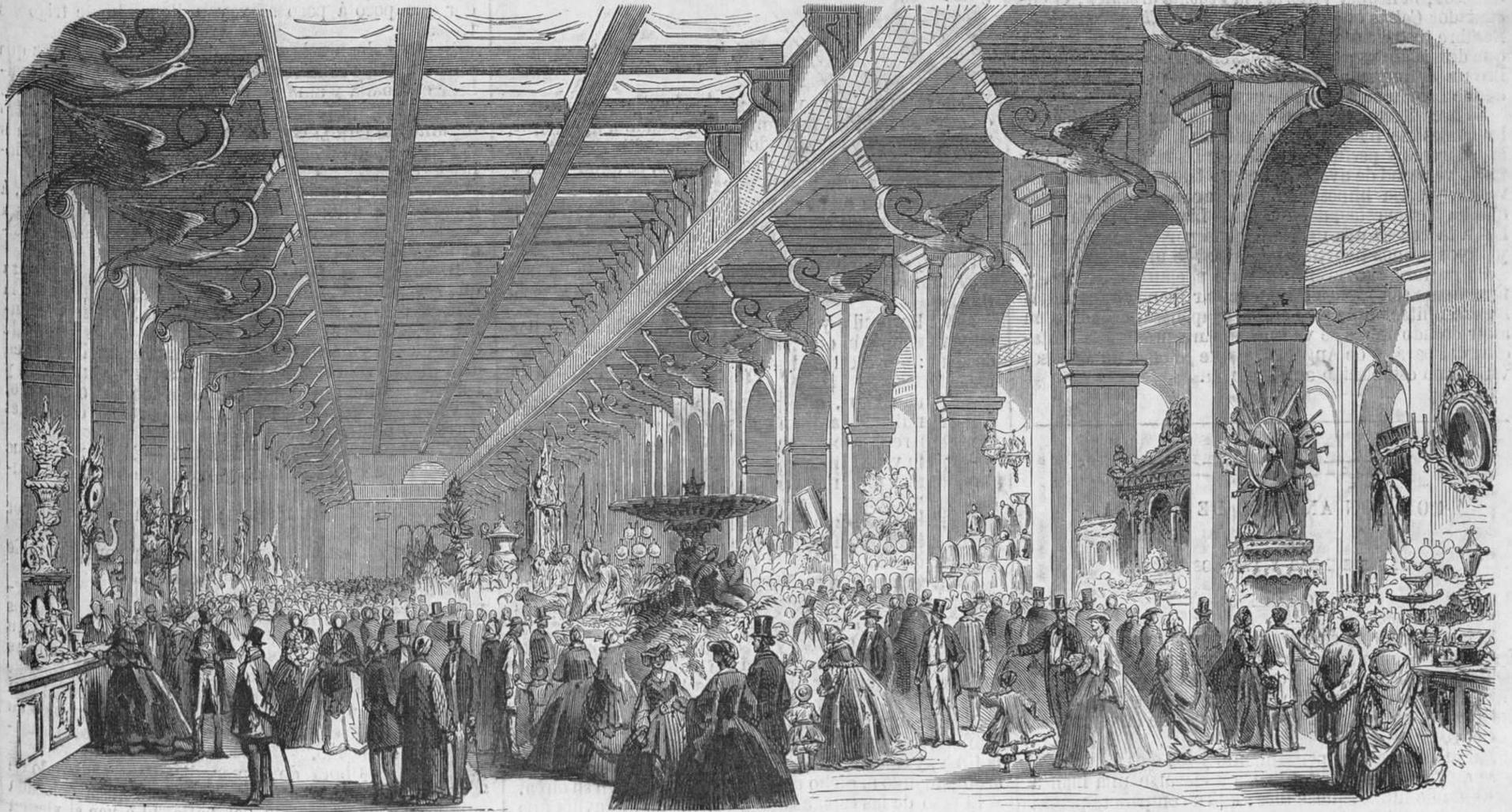
El sistema general de las construcciones es el siguiente: vasto edificio con fronton y peristilo, y dos alas interiores; salida por el extremo opuesto á la fachada sobre un hermoso jardín artificial, en cuyo centro se alza un invernáculo de elegantes formas para las plantas tropicales; en derredor del jardín, inmensas galerías de forma octógona de madera y cristal, de 416 metros de circunferencia; mas allá del invernáculo formando cabecera á la galería octógona hay otra construccion que se llama *salon del trono*. Aquí se sentó el rey para la ceremonia de la apertura. El trono estará en permanencia mientras dure la exposicion.

Enfrente del pabellon real se lee en un dosel sostenido por cuatro columnillas cubiertas de flores la inscripcion siguiente :

*Vittore Emmanuele il re d'Italia
 Inaugura la prima esposizione nazionale
 Che conferma l'unita de la patria.*

La exposicion de Florencia.

La exposicion de Florencia solemnemente inaugurada por el rey Victor Manuel el 13 de setiembre último está llamando actualmente la atencion de la Italia, y lleva á Florencia á



VISTA INTERIOR DE LA EXPOSICION DE FLORENCIA.

M. Martinez

Delante de la fachada del palacio, detrás de las verjas, se halla la estatua ecuestre del rey en imitación de bronce, y de proporciones colosales.

Todo el conjunto de este palacio industrial tiene algo de gracioso, de elegante, de italiano. Por todas partes a la derecha y a la izquierda, por delante y por detrás, hay jardines y fuentes.

En la construcción principal el techo de cristal ha recibido en toda su extensión las armas y los nombres de todas las ciudades importantes de Italia: ciudades del Piamonte, del Véneto, de Parma, de Módena, de Nápoles y del Estado romano. Algunos de estos escudos llaman la atención. En resumen, la organización general del palacio italiano es muy hermosa. Gracias a los jardines, a las flores, a los surtidores de agua y a los ornatos de detalle, el conjunto presenta un aspecto encantado. Todo se ha previsto; hay salas de descanso y de conversación. En un gran salón se encuentran los principales diarios del mundo y en todas las lenguas; la dirección se ha suscrito a ellos por tres meses. No hay duda que los extranjeros se podrán formar una excelente idea de la primera obra nacional de la Italia.

Los envíos a la exposición de Florencia han sido mucho más numerosos de lo que se creyó; habían contado con 2,000 expositores, y estos han pasado de 6,000. Poco podemos decir hoy sobre este gran conjunto de obras de industria y de arte; sin embargo, echaremos por los salones y los jardines una rápida ojeada.

Los objetos de guarnicionería, de porcelanas, de vajilla y de alfarería ocupan un salón particular.

Se reconoce a primera vista que Florencia, Nápoles y Roma son ciudades de aristocracia, pues hay expuestos coches bellísimos enviados de estas ciudades, distinguiéndose los de Rafael Polito, de Nápoles, y de Casalini, fabricante de Roma.

Los curtidos parecen dignos de rivalizar con los franceses, y los cueros sin curtir, así como los barnizados, son de una calidad superior. Estos artículos se han expuesto sin indicar de un modo exacto el precio de producción y de venta, pero en general es muy inferior al que tienen en Francia. La loza de Faenza recuerda los bellos modelos que existen en el Louvre, y las perfectísimas obras de Bernardo Palissy.

Los señores Anibal Praguani y Andrés Fontabassi de Treviso, han expuesto porcelanas que no se desdeñarían de admitir Limoges y Burdeos por orgullosas que estén de su Karlig. Las pinturas sobre porcelana brotan aquí como los frescos en las iglesias.

Catania ha enviado sus barro cocidos. Catania es la ciudad de los artículos baratos; de las pequeñas alfombras comunes, de los artículos de bonetería, y de lienzos que con algún esfuerzo podrían competir con los extranjeros en finura y color, y que los superan ya en solidez. Milan ha enviado hermosas y brillantes porcelanas.

Inmediatos a los salones se hallan los jardines y galerías donde es forzoso luchar con un calor tropical bajo un cielo sin nubes. Tienen razón los botánicos y naturalistas extranjeros cuando celebran la Flora de este país. ¡Qué esplendor, qué elegancia hay en esas mil variedades de plantas! El príncipe Demidoff ha enviado muestras de flores preciosas con corolas de ricos colores. Se ven aquí la *Bilbergia preciosa*, cuya flor es en un principio encarnada y de magnitud de un huevo, y que en su desarrollo presenta reflejos dorados y pistilos prodigiosos; la *Regina Vittoria*; la *Begonia argentea*; el encantador *Colens lanciciatus*; el *Cyamphillum magnificus*, nombre justamente aplicado, y el *Revenela medagascario* que despliega sus grandes hojas en forma de abanico sobre un estanque adornado de pequeñas estatuas y de donde brotan surtidores de agua cristalina.

Se necesitaría un día entero para ver las frutas, de las cuales las más preciosas son los higos de Berberia, las sabrosas y perfumadas piñas y las ricas uvas. Al ver tanta variedad de uvas se cree uno transportado a la Provenza, y sería imposible enumerar todas las especies que hay expuestas, desde la uva blanca llamada *real*, hasta la gruesa uva negra enviada por el señor Rodolfi y cuyos granos tienen la magnitud de una nuez.

La perfumería revela un gran adelanto en Italia, y finalmente son dignos de particular mención los muebles de imitación de laca china y japonesa, así como un altar dorado donde se ve una pintura prodigiosa imitación del paraíso de Angelico, y que es obra de Melasso, veneciano establecido en Florencia.

CUENTOS CAMPESINOS

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

LAS SIEMBRAS Y LAS COSECHAS.

(Conclusion.)

El labrador dirige su mirada a la vega que se extiende a sus pies como una inmensa alfombra verde bordada de flores, y siente latir su corazón de alegría al ver que sus trigos, con tanto afán y tanto amor sembrados y cultivados, empiezan a trocar el color de la esperanza por el color del oro.

Entonces vuelve el pensamiento y los ojos a la aldea, y ve que de su hogar comienza a elevarse una blanca columna de humo, que le dice: « ¡Tu compañera piensa en ti y en tus hijos! »

Y el labrador bendice a Dios, pensando en el santo re-

gocio que dentro de algunos días han de sentir su mujer y sus hijos al ver henchidos los trojes.

Las gallinas contemplan desde el otero que domina la aldea y la vega la dorada mies que cubre esta última. Bien saben que aquello que amarillea es trigo, y de buena gana bajarían a la llanura a sacar la tripa de mal año; pero un milano se ciernen sobre la vega y no quieren ser desplumadas.

¡Quién sabe si habrán leído las fábulas del buen Samaniego!

Pero hé aquí que distinguen a su amo que viene de hacia los trigos, y a Leon que le precede a larga distancia, lamentándose de no tener alas para dar caza a los gorriones que vienen jugando con él al juego, « ¿a que no me coges? »

Leon y sus amigas parten camino así que se ven, y entablan el siguiente diálogo:

- ¿Qué se hacen Vds. por aquí?
- Tomar una ración de vista.
- Que aproveche como si fuera leche.
- ¿Y Vd., de dónde viene por ahí?
- De ver el trigo que sembramos por noviembre.
- Ya debe estar tucalulillo.
- Como que mañana empezamos la siega.
- Bien podía Vd. haberse traído una muestrecilla.
- Vayan Vds. por ella en un vuelo.
- Tenemos miedo al milano.
- Ustedes se amilanan por nada.
- Sea Vd. mejor hablado.
- No sean Vds. tan gallinas.
- ¿Viene Vd. a decirnos perrerías?
- ¡Mira quién habla!
- Hablamos mejor que Vd., que cuando habla parece que ladra.

— No, pico no les falta a Vds.

La llegada de Pepe interrumpe la réplica de las picoterías.

— ¿Qué es eso, Leon? pregunta Pepe creyendo que el perro trata de hacer alguna perrada a las gallinas.

Leon le pide perdón con una fiestecilla.

— ¡Buen pájaro estás tú! dice Pepe.

Un pájaro que estaba escondido entre la yerba a la orilla del camino, cree que Pepe le ha visto y lo dice por él, y huye en alas del miedo perseguido por Leon, cuyo amor propio se pica al oír decir a su amo:

— ¡Sí, échale un galgo!

Pepe viene desgranando unas espigas de trigo, y las gallinas, que lo ven, le rodean reclamándole las achaduras.

Pepe les echa el trigo, y las gallinas, que son voto en la materia, acaban de convencerle de que el trigo está ya en sazón.

El pájaro perseguido por Leon va a posarse en el alero del tejado, y mientras desde allí canta la cartilla a Leon, que desde abajo le pone cara de perro, ¡zas! viene por detrás el gato que hace a pelo y a pluma, y le echa la zarpa, bajando con él a la puerta para darse tono.

Entáblase juicio de competencia entre el perro y el gato, sobre a quién corresponde juzgar y castigar al pájaro, y el gato está que bufa cuando llega Pepe.

Pepe dirime la cuestión en favor del gato con un « a quién Dios se lo dé, San Pedro se lo bendiga, » pues a este fallo equivale un empujón que da al perro exclamando:

— ¡Qué siempre han de estar Vds. como el perro y el gato!

VIII.

Dos veces nada más ha cantado el gallo y ya en casa de Pepe se nota un movimiento inusitado a tales horas. Todo Dios está ya levantado: una cuadrilla de mozos y mozas, cada cual armado con su hoz, se agita y rie y canta y retoza a la puerta donde Pepa ha hecho circular de mano en mano el vasito de aguardiente y los bollos fabricados en casa.

Leon salta alegremente porque también ha echado la mañana, que su ama le ha dado media hogaza de pan diciendo: « toma, traga-aldabas, que también tú eres de Dios. »

Hasta Periquillo y Canuto y Hermenegilda andan por allí en camisa sin que los rigores de su madre pasen de decirles: — Vosotros siempre habeis de ser perritos de todas bodas.

— ¡Muchachos, que ya amanece! grita el labrador extendiendo la mano hacia el Oriente, donde en efecto aparece la primera luz de la aurora.

— ¡A la vega! ¡a la vega! contestan alegremente los segadores, y toman el camino de la vega acompañados de Pepe y Leon.

Cuando llegan a la linde de la mies que los espera, ya la luz del día baña todo el horizonte y las estrellas van desapareciendo.

¡Hermosa está la mañana! El cielo está azul como la flor del lino. El tomillo y el cantueso y la salvia y las manzanillas con sus perfumes, y los mirlos y los ruiseñores con sus cantos, y el trigo con sus promesas de blancas hogazas, se encargan de avenir con la tierra a los que suspiran por descansar sobre aquel azul pabellón.

Segadoras y segadores, cada oveja con su pareja, forman viviente y dilatada cinta en toda la extensión de la linde, y a la voz de « manos a la obra, » que da Pepe, acompañando el dicho con el hecho, comienzan su tarea.

El peso de las espigas dobla por medio la gavilla que los segadores levantan en alto.

— ¡Cada grano de trigo se ha vuelto un grano de oro!

exclaman todos al ver como Dios ha bendecido el trabajo del labrador.

Y este, con los ojos húmedos de gratitud y de amor y de alegría, piensa entonces más que nunca en Dios y en su mujer y en sus hijos.

En la torre de la aldea que se alza allá a lo lejos como la columna miliaria que señala el camino... del cielo, suena el toque de maitines que sirve de santo acompañamiento al himno de amor y gratitud que entona el corazón del labrador.

Los segadores siegan, siegan con ardor y Leon duerme sobre una gavilla.

Allá en el centro de la heredad llora su soledad una tórtola.

Y no lejos de ella, da una codorniz el *do* de pecho, ó lo que es lo mismo, alcanza los siete *golpes*, repitiendo siete veces: — ¡Buen pan hay!

El mundo en una pieza: unos trabajan, otros duermen, otros lloran y otros cantan.

¡La chicharra caliente ya de firme! ¡El sol comienza a hacer chirivitas! Pero el ardor del sol parece aumentar el de los segadores, cuyo tostado rostro inunda el sudor.

La campana de la aldea da las doce, y los labios que dieron la voz de « manos a la obra » dan la voz de « ¡a comer! »

Pepe y sus obreros tornan a la aldea cantando alegremente, y Leon queda durmiendo sobre la gavilla.

Ya sobre una ancha mesa ha colocado Pepa el limpio mantel, el blanco pan y el chispeante vino, y los niños que acaban de venir de la escuela, cencerrean con el « ¡gem! ¡gem! ¡cuándo comemos? »

Abundante y bien sazonada es la comida que encuentran los segadores. La alegría la acompaña, y la cocinera es objeto de unánimes elogios.

La siesta toca a su término y los segadores tornan con Pepe a la vega.

¡Allí los cantares y las risas y el tiroteo de agudezas y los queiebros y requiebros entre damas y galanes!

El toque de oración suena en la torre de la aldea, cuando ya toda la mies que puede abarcar la vista está por el suelo.

Los segadores suspenden su trabajo, Pepe guía las tres Ave-Marías, todos le responden, y terminada la oración, todos toman el camino de la aldea.

En aquella larga fila de seres vivientes que abandonan la vega, solo hay uno que camina triste y desmayado: es Leon que por dormir no ha comido.

— ¡En esta vida caduca el que no trabaja no manduca! le dice Pepe.

— ¡Habla Vd. con cabeza! contesta Leon bajando la suya.

IX.

Descrita una vuelta de la noria, es inútil describir las demás, porque siempre la rueda gira lo mismo, y lo mismo toman y vierten el agua los canchilones. Lo que decimos de la noria es aplicable al labrador, que como siembra y recolecta un año, siembra y recolecta los demás.

La uniformidad de las vueltas de la noria no impide que poco a poco se vaya llenando de agua el estanque, como no impide la uniformidad de las faenas del labrador que poco a poco se vayan llenando de trigo los trojes.

Han pasado muchos años desde la primera vez que vimos a Pepe sembrar trigo en la vega y a Pepa sembrar economía y amor y virtud en el hogar doméstico. Digamos que estas siembras se han venido repitiendo durante tan largo tiempo, y averigüemos si las cosechas han correspondido a la constancia y al afán de los labradores.

Novedad y grande se nota en casa de Pepe y Pepa, a quienes sus vecinos han puesto motes que contrastan con los de sus vecinos Juan y Juana: a Pepe llaman Madruga y a Pepa llaman Araña.

Ha desaparecido de casa de Pepe aquella *feliz pobreza* que revelaban el edificio y cuanto se encierra en él: la casa ha sido blanqueada y ensanchada, los muebles aumentados, la despensa enriquecida, la cuadra ocupada con muchos y hermosos pares de mulas; allí donde en otro tiempo solo se veía un cerdo, se ven ahora seis, y las puertas que guardaba un inofensivo perro sabueso, se ven ahora guardadas de noche por cuatro terribles perros de presa.

¿Quién ha hecho estos milagros? — El afán con que Pepe y Pepa han sembrado y recolectado durante muchos años?

Hemos hablado de milagros; pero aun nos quedan por ver otros mayores.

Estamos en domingo y alguna cosa muy notable ocurre en casa de Pepe Madruga.

Grandes cepas arden en el hogar rodeado de enormes ollas y cazuelas, y dos ó tres criadas y otros tantos criados se mueven de aquí para allá dirigidos por Pepe y Pepa, que revelan la felicidad en sus palabras, en sus ojos, en su sonrisa, en su rostro.

Muchos ricos hacendados de las aldeas cercanas van llegando, y también acuden a casa de Pepe muchos de sus vecinos, entre los cuales se encuentran los más acomodados del pueblo.

— Ea, ya es hora de comer, dice Pepa acabando de adornar con mil primores una enorme mesa colocada bajo el verde emparrado del patio. ¡Id a ver si vienen aquellos, añade dirigiéndose a dos gallardos mocetones que conversan con los forasteros.

— Allá vamos, madre, contestan los mozos, que son ni mas ni menos Perico y Canuto.
 — Canuto vuelve poco despues.
 — Ya vienen ahí, dice, la Hermenegilda y mi cuñado. Canario, ¡qué amartelados están todavía los tontos!
 — Y lo estarán siempre, porque se han casado por amor y no por interés.
 — Ya, pero hace ocho dias que se casaron y cualquiera pensaria al verlos que son novios todavía.
 — Los casados que se quieren son novios siempre.
 — Eso vino á decir padre una noche. Antes de casarse el hijo del mayorazgo con mi hermana, veníamos una noche de la vega, y cate Vd. que le vemos hablando con la Hermenegilda por la reja. — Mañana tapio la reja, dice padre sonriéndose. — Señor Pepe, le contesta mi cuñado echándose á reír, ¿es envidia ó caridad? — ¿Envidia de qué? — ¿De qué ha de ser! De lo que los solteros gozamos con las citas de amor que volaron para los casados. — Te equivocas, hijo, replicó padre, que para los casados que se quieren las citas no acaban hasta que muere uno de ellos. Veinte años hace que mi mujer pasa el dia en casa pensando en mí y yo le paso en el campo pensando en mi mujer. Llegar la hora de vernos es llegar la hora de la cita, y ahí tienes tú cómo hace veinte años que asistimos cada dia á una. — Si, pero en esas citas no se goza como en las de los novios. — ¿Cómo que no? Se goza doble. Tú gozas porque la que encuentras á la reja es la que has escogido para mujer, y yo porque la que encuentro junto al hogar, además de ser la que escogí para mujer, es la madre de mis hijos y la gobernadora de mi casa.
 — ¡Benditos sean su pico y su alma y el dia en que me casé con él! exclama Pepa, cuyos ojos se han llenado de lágrimas mientras hablaba Canuto. Con un padre como el vuestro no es extraño que tu hermana se haya casado con el mas rico y mas hombre de bien y mejor mozo del pueblo, ni que por tí y por tu hermano se despenpen las muchachas mas ricas y mas guapas de diez leguas á la redonda. De tal padre tales hijos.
 — De tales padres querrá Vd. decir. Vamos, madre, no se haga Vd. la chiquita, que si la cosecha vale algo, no es Vd. quien menos ha sembrado y escardado.
 La conversacion de Pepa y su hijo se interrumpe con la llegada de Hermenegilda y su marido y sus suegros y una porcion de convidados, entre los cuales viene el señor cura, á quien Pepe á ha ido rogar que como honró con su presencia la comida de boda en casa del recién casado, honre la comida de tornaboda en casa de la recién casada.
 — ¡Ea, señores, á hacer penitencia! dice modestamente Pepe.
 Y la dilatada mesa se ve rodeada por cincuenta personas dadas de buen diente, por mas que algunas de ellas ni siquiera conserven las muelas.
 Cada vez que un nuevo plato aparece, Pepa recibe un nuevo título de excelente cocinera, y cada vez que una nueva botella se destapa, Pepe si no fuera tan modesto creeria que su hodega puede competir con las mejores de Jerez y de Oporto y de Burdeos y de Valdepeñas.
 Un hombre que trae en la mano un baston con puño dorado aparece en la puerta del patio convertido en comedor, y pregunta sonriendo:
 — ¿Hay algo para mí?
 — ¡El señor alcalde! exclaman todos con alegría haciendo sitio al recién venido, que toma asiento á la mesa.
 — Dichosos los ojos que le ven á Vd., dice Pepe, que hemos ido á buscarle á Vd. y nos han dicho que estaba fuera del pueblo desde esta mañana.
 — Si, contesta el alcalde, he estado á levantar un cadáver.
 — ¡Un cadáver!
 — Que apareció esta mañana junto al ventorrillo del puente.
 — ¿Y de quién es?
 — De Juan Bigardo.
 — ¡Jesus! ¡pobre Juan!
 — Parece que él y otros estaban anoche robando á unos arrieros cuando llegaron los civiles, y haciendo una descarga mataron á Juan y ahuyentaron á sus compañeros.
 — ¿Si estarian allí los hijos de Juan, aunque hace tanto tiempo que no han vuelto por el pueblo?
 — Esos están presos en la cárcel del partido por robo de unas caballerías.
 — ¡Pobre señora Juana! exclama Pepa con lágrimas en los ojos. ¿Y qué hace esa infeliz cargada de años, con los hijos presos y el marido muerto por ladron? ¡La pobre se morirá de hambre!
 — No, contesta Pepe, no se morirá nadie de hambre en el pueblo mientras haya trigo en mis paneras.
 — O en las mias, añade su yerno.
 Pepa y su hija miran cada cual á su marido, de un modo tal que indudablemente quiere decir:
 — Si no hubiera gente delante te comia á besos.
 La comida termina alegremente, y despues que el señor cura da gracias á Dios por el sustento recibido, cada cual habla del fruto que han dado ó prometen sus campos.
 — ¡Buena, buena mano tienes tú para sembrar! dice el alcalde á Pepe.
 — Mejor aun la tiene mi mujer, contesta Pepe sonriendo de gozo. ¿No saben Vds. porqué revientan de llenos nuestros trojes? Pues es porque hemos sembrado á dos manos.
 En esto la gente moza va levantándose de la mesa alborotada con los preludios de una guitarra que Canuto se ha puesto á templar al extremo del emparrado.

— Ea, ea, dice el alcalde, á ver si bailais, con permiso del señor cura, unas seguidillas que se hunda la tierra. El señor cura hace una señal de asentimiento, y Canuto entona esta seguidilla al compás de su guitarra:

Mientras yo con afanes
 Siembro en la vega,
 Con afanes en casa
 Mi mujer siembra,
 Y al fin del año,
 ¡Qué cosecha tan rica
 Nos encontramos!

Revista de Paris.

Las carreras de caballos del otoño ocasionan en Paris un movimiento general entre las personas de la sociedad aristocrática, porque son las últimas del año. El último domingo los trenes del ferro-carril del Norte con destino á Chantilly no podian dar abasto al trasporte de viajeros, y el camino imperial estaba lleno de esas ridiculas berlinas de posta que son el carruaje de gran tono para asistir á esta clase de funciones. Cuanto mas vieja es la berlina, tanto mejor, y si está un poco desvencijada y ruinosa no por eso es desdenada por los elegantes, que se apiñan dentro y fuera de ella en las posiciones mas originales y atrevidas. En cuanto á las damas que frecuentan las carreras de caballos, es otra historia. Estas van en soberbias carretelas ó en ese carruaje diminuto hecho de mimbres tejidos como una cesta, que se acaba de inventar para uso casi exclusivo de esta clase de mujeres que apelan á todos los medios imaginables para hacer valer sus seducciones. Ellas mismas guian estos vehículos, que hacen en Paris un fiasco igual al que hizo el cab inglés de estrambótica memoria, y por cierto que no hace muchos dias el tribunal correccional condenó á 100 francos de multa á una tal Aurelia, que haciendo las veces de cochero habia atropellado á una anciana en medio de la calle. Los jueces, que á menudo suelen estar chistosos, compararon á las cortesanas con los niños que todavía no tienen uso de razon, y parece se trata de prohibir que en lo sucesivo guien sus carruajes. Por muchas razones no se llevará á mal esta medida.
 De las carreras nada nuevo tenemos que decir, pues creemos indiferente para nuestros lectores el proclamar aquí los nombres de los caballos que salieron triunfantes en la lucha. Además, nos importa llegar cuanto antes á una historia de fecha remota ya, si bien ha venido á desenlazarse últimamente.

Santiago R..., el héroe de esta tragi-comedia que vamos á contar, era hijo de un rico comerciante de Bruselas. Muy joven todavía se enamoró locamente de una señorita de la clase trabajadora, que vivia enfrente de su casa, y entabló con ella un largo noviazgo. Durante cuatro años todos los dias iba á ver á Adelaida, que así se llamaba la joven, y formaba con ella proyectos de porvenir para el dia en que su opulento padre quisiera consentir en aquella union desigual que él anhelaba con el ardor propio de su edad.

Pero hé aquí que el capitalista hubo de sufrir grandes pérdidas de fortuna que causaron su muerte, despues que dejó su casa medio arruinada.

Santiago recogió los restos de la herencia paterna, se casó con Adelaida y trató de reorganizar sus negocios; pero con peor suerte que su difunto padre, acabó de perder lo que este le habia dejado.

Sin embargo, como era un hombre de corazon se decidió á tomar una resolucion heroica, y anunció á su mujer este propósito.

— Me marchó á América, y volveré en cuanto haya podido hacer una fortuna.

— Yo iré contigo, le dijo Adelaida; antes que vivir sin ti preferiria la muerte.

Su esposo la manifestó tiernamente que esto era imposible; que él se dirigia á la California, cuyas ricas minas se acababan de descubrir entonces, y que no queria exponerla á pasar los trabajos y aun los peligros que á él seguramente le esperaban en la vida de aventuras que iba á emprender.

Adelaida se arrojó á sus plantas y reiteró sus ruegos, pero inútilmente. Santiago, aunque desesperado en su interior, no quiso ceder á las instancias de su esposa, y partió dejándola en Bruselas, despues de haberla prometido que abreviaria lo mas posible su regreso.

Como les sucedió á tantos de los que van á América en busca de una fortuna que es una peligrosa ilusion muchisimas veces, Santiago, en lugar de estar tres ó cuatro años ausente, estuvo mas de doce, y sus aventuras en la California podrian servir de saludable leccion á muchos hombres.

Una larga y penosa enfermedad le habia tenido paralizado una gran parte de este tiempo, y sin la caridad de unos compatriotas que encontró en el interior de las tierras, habria sucumbido en el mas completo desamparo.

Al principio de su permanencia en América habia recibido varias cartas de su mujer; pero luego la correspondencia que él se vió obligado á interrumpir, cesó de todo punto por parte de su esposa.

Por fin, en una mañana de 1860 desembarcó en el Havre, y atravesando la Francia sin detenerse llegó á Bélgica y se fué á su casa que apenas reconoció, tales eran las modificaciones que en ella se habian hecho.

Llamó y le abrió una criada.
 — ¿Quién sois? le preguntó esta.
 Santiago dió su nombre.
 — No conozco á nadie que se llame así.
 — ¿Cómo puede ser eso? ¿No vive aquí una señora cuyo marido se fué á América?
 — No por cierto.
 — ¿Hace poco que sus amos de Vd. habitan esta casa?
 — ¡Oh! No, señor, hace mas de diez años.

Santiago se retiró triste y caviloso. Al otro dia comenzó á tomar informes sobre su mujer, pero vanamente, pues ó ignoraban lo que habia sido de ella, ó no querian hacer revelaciones.

Por fin, un aviso anónimo vino á indicarle el camino que debia seguir; en este papel le decian que su esposa vivia en Paris, y le daban las señas de su casa.

Santiago vino pues á Paris, y dirigiéndose á la habitacion de Adelaida, se encontró frente á frente en la calle á dos pasos de su puerta una robusta matrona acompañada de cuatro niñas y apoyada en el brazo de un hombre.

Ala vista de esta mujer Santiago sintió la muerte en el alma.

¡Era ella, no cabia duda, era Adelaida, su amada esposa! Pálido, trastornado, á punto de perder el juicio, no acertó á pensar en aquel momento lo que debia hacer, y se quedó como petrificado en la calle.

Su mujer se habia casado con otro hombre.

Cuando Santiago supo esta noticia, abandonó á Paris y se volvió á Bélgica, donde compró lejos de la capital una casita en la que se encerró á escribir la historia de sus tristes aventuras, como para buscar un consuelo en su infortunio.

Sin embargo, no concluyó su obra; el golpe habia sido superior á la resistencia.

Un año despues Adelaida recibia en su casa de Paris la visita de un notario, quien la anunciaba que deseaba hablarla á solas.

— Traigo á Vd., la dijo, la fe de difunto de su primer marido, cumpliendo con sus últimas voluntades.

Adela tomó el documento de manos del notario y se puso pálida como una muerta al ver que estaba fechado hacia pocos dias.

— Además, prosiguió el notario, Vd. es la heredera de la escasa fortuna del difunto; algunos miles de florines y la casa en donde ha fallecido en Bélgica.

— Por Dios, que no se sepa una palabra de esto, exclamó Adelaida apresurándose á guardar los papeles. ¿Quiere usted encargarse de vender la casa?

— Si, señora.

— Pues hágalo Vd. sin que mi marido se entere de ello. ¡Pobre Santiago! ¡Yo le creia muerto hacia diez años!

Y esto fué todo lo que dijo á guisa de oracion fúnebre, aquella enamorada Adelaida, que no podia consentir en que su marido se fuese á buscar solo la fortuna en la California.

Frecuentemente vemos señalado en los periódicos el fallecimiento ocurrido en tal ó cual punto del globo, de un centenar que ha tenido muchos hijos, que ha disfrutado de cabal salud, que hasta el último instante gozaba del uso de sus facultades y otras circunstancias todas ellas á cual mas á propósito para despertar en nosotros una admiracion envidiosa. Pero ¡ay! en lo sucesivo tendremos que poner en duda estos felices ejemplos de longevidad, si se repiten mucho las supercherías de que ha dado cuenta á sus lectores el cronista de la *Independencia belga* con motivo de haber salido electo diputado por Aviñon M. Pamard. Sobre esta eleccion nada tiene que decir de extraordinario, pero si nos declara una cosa notable relativamente á su eleccion anterior en la Academia de medicina.

M. Pamard tenia un padre miembro de la Academia de medicina de Paris, y cuando murió, su hijo, el actual diputado, no tuvo á bien dar parte de este fallecimiento á la Academia; en vez de hacerlo, continuó la correspondencia seguida por su padre con la docta corporacion, y todo el mundo en el pais, creyendo que habia sufrido un escrutinio, le consideraba como el sucesor oficial de su padre.

En la Academia de Paris, cuando recibian las comunicaciones de M. Pamard, todo eran exclamaciones de sorpresa por el buen estado de su inteligencia á una edad tan avanzada.

Sin embargo, un dia se atrevió á preguntar un académico curioso:

— ¿Pero cuántos años tiene M. Pamard?
 — ¡Oh! Debe ser centenario.
 — Mas que centenario.
 — ¿Y cómo es que esa extraordinaria longevidad no llama la atencion de nadie?
 — Es verdad, hay que pedir informes.

Y efectivamente escribieron á Aviñon, se informaron y supieron que M. Pamard padre habia muerto hacia mucho tiempo, que su hijo habia tomado la herencia de su gloria, y que pasaba por miembro de la Academia de medicina, puesto que merecia sin duda alguna, pero que nadie le habia concedido.

Esto recuerda, dice la misma crónica á que nos referimos, un inválido polaco muy famoso que hubo en Paris en 1842, que era la admiracion de todo el mundo. Parecia increíble que con tanta vejez tuviese una salud tan robusta. Todo el mundo le hacia regalitos; no se podia permitir que se ganara la vida un hombre que contaba ciento cuarenta y cinco años.

Hé aquí el expediente que habia empleado este veterano de ochenta y cinco años no mas, lo que sea dicho entre paréntesis nos parece bastante razonable, para engañar al público. Habia olvidado á su padre y presentaba la fe de bautismo de su abuelo. La gente derramaba lágrimas de ternura al ver á este valeroso polaco, que segun él decia, habia venido á Francia en 1720 con el rey Estanislao.

¡Fiémonos en los inválidos polacos!

De tiempo en tiempo circula por Paris una noticia cuya realizacion seria todo un acontecimiento musical, pero que por desgracia para el arte no se realiza nunca. Aludimos á una obra nueva de Rossini. Hace veinte años que el gran maestro dió al teatro Italiano su *Stabat Mater*, y desde entonces ninguna otra composicion ha salido de su pluma, si se exceptuan algunas piezas de una importancia secundaria, como la Tarantela de piano que Stanzieri ha tocado en varios conciertos, y que es sin duda una pieza de gran mérito en su esfera. El público, sin embargo, alimenta siempre como un vago presentimiento, como una lisonjera esperanza, de que la carrera del primero de los compositores de este siglo no

ha quedado cerrada definitivamente con esa obra magistral que tiene por título el *Stabat Mater*, y quizá vamos á ver este invierno que esa especie de confianza general no ha salido engañada.

Con efecto, las pocas personas que viven en la intimidad de Rossini aseguran está trabajando en la orquestacion de una escena para voces de bajo que tiene por título *Titan*, melodía que ha sido cantada al piano varias veces en sus salones de la calle de la Chaussée-d'Antin, y cuidadosamente guardada despues de su ejecucion como un tesoro expuesto á ser robado.

Hé aquí cómo y de qué manera, segun el *Entreacto* á quien dejamos toda la responsabilidad de la noticia, aparecerá en público esta composicion, que hasta hoy solo han podido oír algunos artistas privilegiados.

« El *Titan*, dice aquel periódico, será ejecutado por primera vez por los profesores de la Sociedad de conciertos del Conservatorio, en una funcion extraordinaria, cuyo producto se destina á la suscripcion abierta para erigir una estatua á Cherubini, en Florencia. La parte de canto será desempeñada por cuatro voces de bajo. »

Hé ahí todo lo que sabemos. Esperemos pues algunos meses, y veremos si nos es posible anunciar categóricamente la resurreccion artística del maestro de los maestros italianos.

MARIANO URRABIETA.

Sucesos de América.

Damos un retrato del general Lyon, el héroe de la batalla de Wilson's Creek, que



EL GENERAL LYON.

cayó herido de muerte en el momento en que creía alcanzar una victoria decisiva. Esta batalla ha sido para el ejército de la Union un triunfo verdadero, pues aunque no figuraron en ella mas de 5,500 hombres, estos se sostuvieron y finalmente rechazaron á 23,000 hombres protegidos por una caballería numerosa y por veinte y cinco piezas de artillería.

En el momento en que el general Lyon recibió el balazo, el enemigo huía en desorden, y el campo de batalla quedó en poder de los federales.

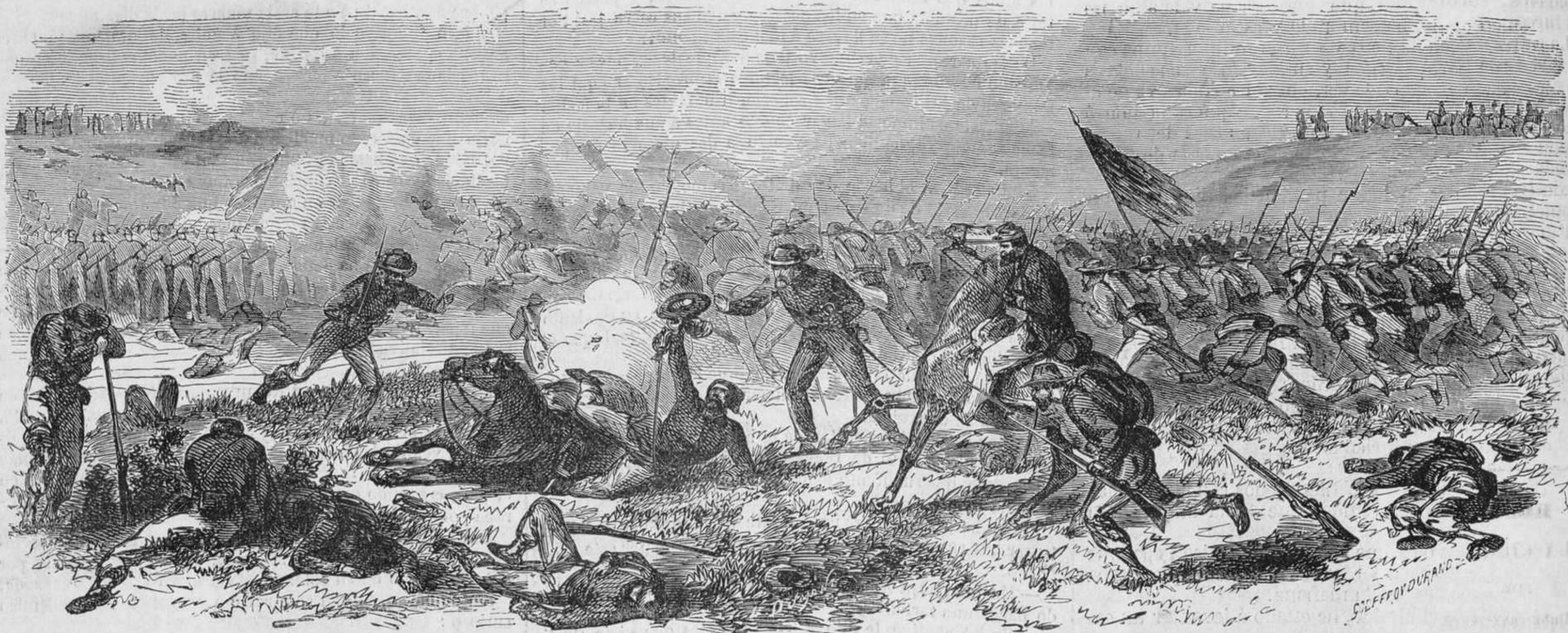
La muerte del general en jefe, sin disminuir el ardor de sus tropas, impidió sin embargo que salieran en persecucion del enemigo. Además, quizá envolvía un gran peligro el perseguir con tan poca gente unas fuerzas tan superiores. La pérdida de los rebeldes consistió en 2,000 hombres entre muertos y heridos; la de los unionistas fué de 1,000.

Este triunfo ha reanimado á las tropas que estaban muy abatidas despues del desastre de Bull' Run, y por otra parte ha apagado un poco la osadía de los separatistas, que ya se veían dueños de Washington é imponiendo la ley á todos los Estados abolicionistas. S.

Leontius

OBISPO DE REVAL (LITONIA) COADJUTOR DEL METROPOLITANO DE SAN PETERSBURGO; EL ARCIPRESTE JOSÉ WASSILIEFF.

Monseñor Leoncio ó Leontius, que ha consagrado la nueva iglesia rusa de Pa-



BATALLA DE WILSON'S CREEK. — MUERTE DEL GENERAL LYON.

ris, ha cumplido apenas cuarenta años. Hijo de un simple sacerdote del gobierno de Voronege, debe á sus talentos los rápidos progresos que ha hecho en las órdenes. Despues de haber concluido brillantemente sus estudios en el seminario de Voronege, y despues en la *Academia eclesiástica* de San Petersburgo, fué nombrado profesor de teología del seminario de esta ciudad, luego del de Kiew, la ciudad santa, y de aquí fué llamado á la direccion del seminario de San Petersburgo. Su profunda erudicion y sobre todo los conocimientos administrativos de que dió pruebas en el desempeño de estas funciones, le señalaron á la atencion del santo sínodo, que no tardó en recompensarle llamándole al episcopado. En su calidad de coadjutor del metropolitano de San Petersburgo, monseñor Leoncio sobrelleva una gran parte del cargo de la administracion de la diócesis de la capital; á su vigilancia está encomendada particularmente la inspeccion de las iglesias, y en esta delicada mision da el ejemplo de una actividad suma, sabiendo reunir la firmeza y la estricta justicia con la indulgencia. Sus visitas en su propia diócesis son siempre muy celebradas, y es digno de notarse que en las ovaciones que recibe con tal motivo, los protestantes de la confesion de Augsburgo, que componen la mayoría de la poblacion de Reval (y á su cabeza los pastores), son los que mas se distinguen en recibirle; nueva prueba de que la tolerancia y la afabilidad se granjean las simpatías y hacen desaparecer las divisiones de principios y creencias.



EL ARCIPRESTE RUSO JOSÉ WASSILIEFF.

El arcipreste Wassilieff, á quien debe París un nuevo y espléndido monumento, tiene cuarenta y dos años. Nacido en el gobierno de Orel de una familia que ha dado varios miembros distinguidos al sacerdocio ruso, pasó del seminario de Orel á la *Academia eclesiástica* de San Petersburgo, de donde salió *primer maestro de teología*, grado que en otro orden de ideas correspondería al *primer premio*, y que es una distincion particular que recomienda al que la ha merecido á la Iglesia y al gobierno. Siete meses estuvo de agregado en la escuela donde tanto se habia distinguido, y á fines de 1846 fué nombrado capellan de la legacion de Rusia en París.

Durante su permanencia en esta capital el señor Wassilieff ha publicado una traduccion francesa de los libros litúrgicos de la Iglesia oriental (1), y ha escrito de tiempo en tiempo para los diarios rusos, particularmente para la *Revista de instruccion pública*. Citaremos entre otros artículos notables el que lleva este título: *Historia de la biblioteca de Santa Genoveva*. El señor Wassilieff ha tenido últimamente una polémica muy reñida, aunque muy cortés, con monseñor de Nantes, acerca de la Iglesia greco-rusa. Esta polémica metió mucho ruido en Francia en la prensa clerical, así como en Rusia, en Alemania, en Grecia y en Turquía. El trabajo del señor Wassilieff

(1) Liturgia de san Juan Crisóstomo; el libro de oraciones; el Oficio del matrimonio con comentarios, tres volúmenes.

ha sido traducido en ruso, en alemán y en griego. Los periódicos de Atenas y hasta un diario griego de Trieste copiaron estos estudios notables por una profunda erudición.

Durante la guerra de Crimea, el gobierno ruso puso al cuidado del señor Wassilieff los prisioneros de guerra traídos á Francia; con este motivo obtuvo una audiencia de S. M. el emperador, quien le recibió del modo mas lisonjero. El señor Wassilieff cumplió su encargo de una manera satisfactoria para su país y para el emperador Alejandro.

Al terminar estos ligeros apuntes biográficos sobre las dos personas principales que han figurado en la ceremonia de la consagración de la iglesia rusa, séanos permitido rectificar un error que tiende á propagarse en París acerca de esta iglesia. Algunas personas han querido ver en esta fundación una propaganda eslava en las márgenes del Sena; no alcanzamos cómo se haría, pero lo que sí podemos afirmar es que la capital de la Francia contiene mas de dos mil personas pertenecientes al culto griego (rusos, griegos, válacos, moldavos, súbditos turcos, etc.).

La construcción de una vasta iglesia era una necesidad sentida por todos, y en los dos millones que ha venido á costar su construcción, se cuentan los veinte céntimos del estudiante griego en París, y los 100,000 francos del señor Bernardakis, el rico capitalista griego que tanto ha hecho en favor de la Grecia.

M. P. V.

ROSA

LA CIEGA

POR

ENRIQUE CONSCIENCE

(Conclusion.)

El sepulturero continuó trabajando; pero sus movimientos eran lentos, y también él parecía sobrecogido de repente de una preocupación profunda. Vió y penetró el amargo dolor del viajero; y en su interior se espantó por el deseo de venganza que había sentido y le había inducido á atormentar á un hombre de un modo tan implacable.

La transformación de sentimientos que se operaba en él, se reflejaba también en su rostro; la sonrisa irónica desapareció de sus labios, contempló algunos instantes á su afligido compañero con una conmiseración creciente, y al fin se acercó á él, le tomó la mano y le dijo con voz serena, aunque penetrante:

— Juan, amigo mio, perdonadme lo que he hecho y dicho: he obrado mal; pero, si supierais lo que he padecido por vos!...

— Lorenzo, exclamó el viajero tomando sus manos con efusión, son faltas de juventud. Ya veis cuán poco me ocupa nuestra enemistad; solo con haberos oido pronunciar mi nombre, he sentido una inexplicable felicidad...

Sí, os estoy agradecido, aunque me habeis despedazado el corazón con vuestras lúgubres burlas.... Y ahora, Lorenzo, ¿dónde está Rosa enterrada?... ¡en el cielo se regocijará si nos ve reconciliados cerca de sus restos mortales!

— ¡Enterrada! repuso el sepulturero; ¡ojalá estuviese enterrada la infeliz!

— ¡Cómo!... ¿Qué quereis decir? exclamó el viajero: ¿vive todavía?

— Sí, vive, respondió Lorenzo, si se puede llamar vida la horrible existencia que soporta.

— Me haceis temblar, hablad por Dios; ¿qué desgra-

vuestra generosidad con ella, y yo, en su santo nombre, me encargo de recompensaros. Soy rico, muy rico. Desde hoy no dejaremos de vernos. Pero decidme sin tardanza dónde está Rosa; cada instante la trae una miseria...

Y diciendo estas palabras, arrastraba de la mano al sepulturero y le llevaba hácia la puerta del campo santo.

Lorenzo señalando con el dedo delante de él, le dijo:

— ¿Veis allá abajo cerca del monte aquella chimenea que está echando humo? Es la choza del escobero Nelis Doms, y allí vive...

Sin esperar nuevas explicaciones el viajero atravesó

la aldea en dirección al punto indicado, y en breve llegó á la choza aislada.

Era una humilde habitación construida de madera de álamo y de tierra, pero muy blanca y limpia por el exterior.

A pocos pasos del umbral cuatro criaturas se divertían en cavar la tierra bajo los ardientes rayos del sol, para plantar un efímero jardín de margaritas y amapolas. Estaban descalzos y apenas vestidos. El mayor, que tendría unos seis años, no llevaba mas que una camisa corta de lienzo. En tanto que sus tres hermanitas muy confusas contemplaban tímidamente al desconocido, el chico por el contrario clavaba en él una clara mirada en que se podían leer á un tiempo la curiosidad y la sorpresa.

El viajero se sonrió con los niños sin detenerse, y entró en la cabaña donde halló al marido atando escobas en un rincón, y á la mujer hilando cerca de la chimenea.

Ninguno de los dos tenía mas de treinta años, y á la primera ojeada parecía que estaban contentos con su suerte. Todo en su derredor se hallaba muy aseado.

La entrada del desconocido no les sorprendió, aunque inmediatamente se adelantaron á él por urbanidad. Creían sin duda que venía á preguntar por su camino, pues el marido se dirigió hácia la puerta para prevenir su deseo; pero cuando oyó decir al viajero con voz alterada y trémula— «¿Vive aquí Rosa Meulinckx?» los dos esposos cambiaron una mirada inexplicable, y se turbaron de tal modo que no supieron que responder.

— Sí, señor, respondió al fin el marido, Rosa vive aquí, pero ha salido á pedir limosna. ¿Querriais hablarla?

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿En dónde está? exclamó el viajero: ¿no podrían ir á buscar al instante?

— Seria difícil; ha salido con nuestra niña Trineta para hacer su ronda de la semana, pero de aquí á una hora seguramente estará de vuelta; nunca falta.

— ¿Puedo esperarla aquí, buenas gentes?

Apenas había pronunciado estas palabras, el marido corrió á buscar un asiento, que aunque duro y de forma



MONSEÑOR LEONTIUS, coadjutor del metropolitano de San Petersburgo.

cia ha tenido?

— Se ha quedado ciega.
— ¡Ciega! ¡Rosa ciega! ¡No tiene ojos para verme!... ¡Dios mio!...

Y loco de dolor cayó desfallecido sobre el banco.

El sepulturero se fué á su lado y añadió:

— Hace diez años que está ciega y mendiga su pan cotidiano... todas las semanas la doy yo algun socorro, y cuando cocemos siempre hay un panecillo para ella.

El viajero saltó del banco y estrechó enérgicamente la mano de Lorenzo.

— ¡Gracias, gracias! exclamó; Dios os bendiga por

tosca, parecía sin embargo mas cómodo que las sillas desvencijadas del cuarto de delante. No contenta con esto, la mujer sacó de un armario un paño blanco como la nieve y le extendió sobre el asiento destinado al desconocido. Este enternecido con aquella atención tan sencilla pero tan bien sentida, devolvió el lienzo á la mujer dándole gracias, y luego se sentó y comenzó á mirar silenciosamente por el cuarto, como buscando algun objeto que le hablara de Rosa.

Mientras tenia vuelta la cabeza, sintió de repente una manita que se introducía en la suya y acariciaba sus dedos; sorprendido con esta señal cariñosa, se volvió á mirar, y encontró los ojos azules del niño que le contemplaban con una sonrisa celeste, y tan afectuosamente como si hubiese sido para él un padre ó un hermano.

— Vén aquí, Periquillo, dijo la madre, no seas tan atrevido.

Peró el muchacho, como si no hubiera oído, siguió mirando fijamente al desconocido y acariciándole, tanto que este se sintió conmovido con el inexplicable afecto que le demostraba la criatura.

— ¡Qué azules son tus ojos, hijo mio! Me conmueven hasta el fondo del alma; vén, quiero darte una cosa, ya que eres tan cariñoso.

Y sacando un bonito bolsillo bordado de perlas y con pasadores de plata, tomó unas cuantas monedas y las entregó al muchacho, que las contempló con mucho gusto, pero sin soltar por eso la mano del viajero.

La madre se acercó y dijo al niño reconviniéndole:

— Perico, no seas mal criado, da las gracias á este caballero y bésale la mano.

El chico besó la mano, inclinó esta vez la cabeza y dijo con voz clara:

— Muchas gracias, señor Juan el Largo.

Un rayo no habria herido al viajero con mas fuerza que su nombre pronunciado por aquella inocente criatura. A pesar suyo se llenaron de lágrimas sus ojos, tomó al niño sobre sus rodillas, y mirándole con avidez le dijo:

— ¡Oh! querido angelito mio, ¿tú me conoces? ¿tú, que no me has visto nunca! ¿Quién te ha enseñado mi nombre?

— Rosa la Ciega, respondió el niño.

— ¿Pero cómo es posible que me hayas reconocido? ¿Es el mismo Dios quien ha esclarecido tu alma infantil?

— Os he reconocido al instante, contestó el chico; cuando llevo á Rosa á pedir limosna, siempre habla de vos y dice que sois muy alto, que tenéis unos ojos negros que brillan, y que debéis volver y traernos muchísimas cosas... y yo no os tengo miedo, pues Rosa me ha dicho que os debía querer y que me daríais un arco muy grande y una flecha...

El viajero escuchaba extasiado las dulces confidencias del niño. De repente le abrazó con efusion y dijo con voz solemne:

— Padre y madre, vuestro hijo es rico. Yo le daré educación y le dotaré generosamente. Puesto que me ha reconocido, quiero que deba á eso su felicidad en este mundo.

Los padres estaban fuera de sí de sorpresa y de alegría.

— ¡Oh! exclamó el padre, es demasiada bondad; todos os hemos conocido, pero no nos atrevíamos á creerlo. Rosa no nos ha dicho nunca que érais un señor muy rico.

— ¿Con que me conocéis? exclamó el viajero; estoy aquí rodeado de amigos, encuentro una familia y parientes donde hasta ahora no he encontrado mas que la muerte y el olvido.

La mujer mostró una Santa Virgen negra de humo que estaba sobre la chimenea y dijo:

— Todos los sábados se le pone una luz por la vuelta... ó por el alma de Juan Slaets.

El viajero alzó piadosamente los ojos al cielo, y como descargado de un peso inmenso, exclamó:

— Bendito seáis, Dios mio, que habeis hecho que el amor sea mas poderoso que el odio. Mi enemigo ha conservado en su corazón mi nombre envuelto en el sombrío recuerdo de su enemistad; mi amiga ha vivido con mi memoria, su amor lo ha inflamado todo en su alrededor, me ha tenido aquí presente, y todos me cobraban cariños... cuando me separaban seiscientos leguas de ella... ¡Dios mio! gracias, ¡estoy bastante recompensado!

Una larga pausa siguió á estas palabras. Juan Slaets dominaba difícilmente la emoción que agitaba su alma, y los habitantes de la choza respetaban esta emoción. El marido habia continuado su trabajo, aunque espiaba con atención á su huésped para salirle al encuentro en todos sus deseos.

Este habia vuelto á poner á Periquillo sobre sus rodillas, y al fin preguntó á la madre con una voz serena:

— ¿Hace mucho tiempo que Rosa vive con vosotros?

La mujer llevó su torno de hilar cerca de Juan Slaets como si se preparase á hacer una larga relación, se sentó y respondió diciendo:

— Voy á contaros cómo vino á casa. Debo advertir que cuando murieron los ancianos Meulinckx, sus hijos se repartieron lo que habian dejado, y Rosa, que por todo el oro del mundo no habria consentido en casarse (no necesito decirlo por qué), Rosa cedió su parte á su hermano con la condición de que habia de estar en su casa mientras viviera. Además ella se ocupaba en hacer gorras, y ganaba por su trabajo un dinerillo que no debia entregar á su hermano y que gastaba en obras de caridad; iba á visitar á los enfermos, y hasta solia pa-

garles el facultativo cuando eran demasiado pobres. Siempre tenia en la boca buenas palabras de consuelo, y en su bolsillo una cosa ú otra que regocijaba á los inenesterosos. Un día, apenas hacia medio año que yo estaba casada, mi marido cogió una enfermedad mortal, de la que le ha quedado una tos que nunca se le quita. Si nuestro pobre Nelis no está en el cementerio, á Dios y á nuestra querida Rosa debemos dar las gracias. ¡Ay! ¡Si hubiérais visto lo que hizo en nuestro favor por pura amistad! Trajo mantas, pues hacia mucho frío y éramos muy pobres; mandó á llamar dos médicos de otros pueblos para que hablaran juntos sobre la enfermedad de Nelis; ella pasó muchas noches á su lado, dulcificó sus padecimientos y mi pesar con sus buenas palabras y nos dió todo el dinero necesario para la comida y el gasto del farmacéutico; porque Rosa era querida de todos, y cuando iba á ver á la señora del palacio ó á los labradores ricos, nunca la negaban una buena limosna. Y esto duró seis semanas, seis semanas durante las cuales nuestro Nelis permaneció tendido en la cama, y Rosa nos ha protegido y ayudado hasta que el pobrecillo pudo poco á poco ponerse á trabajar de nuevo...

— ¡Cuánto debéis querer á la pobre ciega! dijo el viajero suspirando.

El marido alzó la cabeza; sus mejillas estaban bañadas de lágrimas y exclamó con una sincera exaltación:

— Si mi sangre pudiera devolverla la vista, la dejaría correr hasta la última gota.

Esta exclamación produjo tal efecto en Juan Slaets, que la mujer lo notó, y con un movimiento de cabeza hizo una señal á su marido.

Después prosiguió diciendo:

— Al cabo de tres meses Dios nos dió un hijo, el que tenéis encima. Rosa, que largo tiempo sabia que debía venir al mundo, quiso ser su madrina, y Pedro, el hermano de Nelis, habia de ser el padrino. Pero el día del bautismo se preguntaron qué nombre se pondría al niño. Rosa pidió por favor que le pusieran Juan, pero el padrino, buen muchacho pero muy portado, se empeñó en que se llamara Pedro como él, y después de discutirlo mucho, le pusieron Juan Pedro. Nosotros le llamamos Periquillo porque su padrino, que al cabo y al fin debe mandar en esto, ya que es un muchacho, así lo quiere, y se enfadaria si no, pero Rosa le llama Juan, y el corderillo mio está acostumbrado, y sabe que se llama Juan porque es también vuestro nombre...

El viajero estrechó con efusion al niño sobre su seno, le dió un beso prolongado y se puso á contemplar sin decir nada al inocente que le miraba sonriendo; el corazón de Juan Slaets rebotaba las mas dulces alegrías.

La mujer prosiguió en estos términos:

— El hermano de Rosa se habia puesto de acuerdo con gentes de Amberes para comprar en el país toda clase de artículos y enviarlos á Inglaterra. Este comercio debia enriquecerle, segun él creia; pues todas las semanas se llevaba á Amberes lo menos diez carros cargados. Al principio el negocio marchó bien; pero de repente uno quebró en Amberes, y el infeliz Bautista Meulinckx, que respondía de todo, se quedó en la calle, tan pobre que ni tenia con que pagar la mitad de sus deudas. Al cabo murió, Dios le tenga en su gloria. Rosa fué entonces á vivir en la cabaña de los Naud Flink; pero el mismo año Karel, el hijo de Naud, que habia caído soldado, volvió á la casa con una enfermedad de ojos, y quince días después estaba ciego. Rosa que se habia compadecido de él, como de todos los que padecen, le habia cuidado en su enfermedad y le daba el brazo para sacarle á paseo. Así se le pegó á la pobre el mal que la quitó la vista. Naud Flink ha muerto, y sus hijos han dejado esta tierra. El ciego Karel está en un caserío de Liane. Suplicamos á Rosa que viniera á vivir con nosotros, la prometimos que la querríamos mucho y que trabajaríamos para ella todos los días de nuestra vida; ella vino gustosa, y puedo decirlo altamente, desde hace seis años no ha oído de nosotros mas que palabras de amistad, pues es la bondad y la dulzura personificadas, y cuando se trata de agradarla, nuestros hijos se arrancarían el pelo para llegar los primeros...

— ¡Y pide limosna! dijo el viajero suspirando.

— Sí, señor, repuso la mujer con una especie de dignidad herida; pero no es culpa nuestra. No creáis que hayamos olvidado lo que Rosa ha hecho por nosotros.

— Si con ponernos todos al arado y quitarnos el pan de la boca hubiésemos conseguido que ella no mendigara, ya podréis estar seguro de que lo habríamos hecho. ¡Ah! ¿Qué pensáis pues de nosotros? Se lo impedimos durante mas de seis meses, y es la única pena que la hemos dado. Al aumentarse nuestra familia, Rosa, con su corazón angelical, creyó que podría sernos una carga y quiso ayudarnos. No fué posible mas; se ponía enferma de tristeza, nosotros lo veíamos, y cuando hubo suplicado sin cesar durante medio año, tuvimos que consentir en ello. Al fin y al cabo no es una vergüenza para una mujer ciega. Y después, aunque somos pobres, gracias á Dios nada necesitamos. Ella nos obliga á menudo á tomar una parte de lo que recoge, no siempre podemos estar en disputa con ella; pero al recibir con una mano la devolvemos el doble con la otra, pues aunque no lo sepa, anda mejor vestida que nosotros, y la comida que la preparamos es también muy superior á la nuestra. Siempre la tenemos dispuesto un pucherito al lado de la lumbre. Mirad ahí: un par de huevos y una salsa con manteca sobre sus patatas. En cuanto á lo restante de lo que recibe, creo tener entendido que lo guarda para cuando sean grandes nuestros hijos. ¡Ay! Bien merece que su bondad obtenga una recompensa, pero desgraciadamente no somos nosotros los que se la pueden dar.

El viajero habia escuchado todas estas explicaciones en el mayor silencio; únicamente la sonrisa de gozo que se habia pintado en su semblante y su mirada húmeda y enternecida atestiguaba la dulce emoción que llenaba su alma.

La mujer habia cesado de hablar y proseguia moviendo el torno. El viajero permaneció un rato mas sumergido en sus reflexiones. De repente dejó el niño en el suelo, se fué al hombre que estaba trabajando y le dijo como si le diera una orden formal:

— Dejad ese trabajo.

El escobero no comprendió y se quedó confuso con el tono.

— Dejad ese trabajo y dadme la mano; que todas esas escobas vayan fuera de aquí. Os doy una granja, cuatro vacas, una ternera, dos caballos y todo lo necesario para un buen cortijo. ¿No me creéis? añadió mostrando al escobero un puñado de monedas de oro; sin embargo, os digo la verdad. Podría daros todo esto en seguida, pero os estimo y os quiero demasiado para llenaros la mano de dinero. Quiero haceros dueño de una buena granja y proteger á vuestros hijos, aun después de mi muerte.

Aquellas buenas gentes se miraron con sorpresa como si no comprendieran lo que oían.

En tanto que el viajero entraba en mas explicaciones, Periquillo vino á tirarle de la mano como si hubiese tenido algo que decirle.

— ¿Qué quieres, amiguito? le preguntó.

— Señor Juan, respondió el muchacho, ya vuelven del campo los labradores; sé dónde está Rosa... ¿queréis que la salga al encuentro para decirle que habeis llegado?

El viajero tomó la mano de Periquillo y le llevó hacia la puerta diciendo:

— Vamos, vamos, guíame.

Sin despedirse de los de la choza mas que con un ademán siguió al niño que á paso rápido se dirigia hacia el centro de la aldea.

Cuando llegaron á las primeras casas, los labriegos sorprendidos se asomaron á las puertas y miraban con la boca abierta como si hubiese acontecido un gran milagro.

Era en efecto muy singular el ver al muchacho en camisa y descalzo dando brincos junto al viajero que le llevaba de la mano y se sonreía y charlaba con él familiarmente.

Nadie podia comprender que aquel rico caballero, que cuando menos les parecia un baron, tuviese que hacer algo con Periquillo; y el asombro creció de punto cuando el desconocido se inclinó y le dió un beso. La única idea que tuvieron algunos, idea que se discutió delante de todas las puertas, fué que el rico caballero habia comprado el chico á sus padres para educarle como si fuera su hijo. Esto se habia visto hecho por personas de la ciudad que no habian tenido niños, y Periquillo el hijo del escobero era el muchacho mas guapo de la aldea, con sus grandes ojos azules y su cabecita rubia y rizada... Sin embargo, era extraño que el rico caballero se le llevara en camisa.

Entre tanto el viajero adelantaba camino... todo el pueblo le parecia iluminado por una luz celeste, el follaje de los árboles era de la mas tierna verdura, las humildes casitas le sonreían, el aire estaba cargado de perfumes vivificantes...

Su atención se habia desviado del niño, y se hallaba todo él entregado á la nueva impresión de felicidad que sentia.

Sin embargo, dirigia la mirada muy á lo lejos, y trataba de distinguir lo que habia entre unos árboles que parecían cerrar el camino al otro lado de la aldea.

De repente Periquillo le tiró fuertemente de la mano y exclamó dando gritos:

— ¡Allí está Rosa que viene con Trineta!

En efecto, una mujer ciega y anciana guiada por una niña de cinco años acababa de asomar por la esquina de una casa, entrando en la calle Mayor.

El viajero en lugar de obedecer á la impaciente voz de Periquillo, permaneció inmóvil y contempló con dolor á la pobre ciega que se adelantaba lentamente á lo lejos.

¿Era aquella su amada Rosa?

¿Era aquella la bella y graciosa joven cuya imagen vivia indeleble en su corazón rodeada de tantos hechizos?

Pero esta incertidumbre desapareció en un momento, arrastró al muchacho y corrió al encuentro de su amiga.

Cuando estuvo á la distancia de cincuenta pasos no pudo contenerse mas, y el nombre de — ¡Rosa! ¡Rosa! — se escapó de su pecho como un indecible grito de júbilo.

Al oír esta voz la ciega soltó la mano de su guía y se puso á temblar como si un accidente la hubiese acometido. Tendió los brazos adelante como buscando una persona y respondió con el grito — ¡Juan! ¡Juan! — corriendo en derechura hacia el que la habia llamado.

Al mismo tiempo sacaba alguna cosa de su seno, rompía el cordón que rodeaba su cuello, y enseñaba con incierto ademán una cruzcita de oro.

Así cayó en los brazos de Juan Slaets que la estrechó murmurando palabras ininteligibles. Pero la ciega le rechazó suavemente, y como esto le causara un gran dolor, ella tomó su mano y dijo:

— ¡Oh! Juan, Juan, voy á morir de felicidad... pero tengo hecha una promesa á Dios; vén, vén conmigo, llévame al campo santo.

Juan Slaets no comprendia lo que Rosa queria decir, pero el tono de su voz le hizo presentir que un motivo

poderoso, sagrado quizá, le obligaba á obedecer sin réplica al deseo de su amiga.

Sin parar su atención en los aldeanos que habían acudido en su derredor, llevó á la ciega al cementerio.

Rosa se dirigió hácia el banco que estaba junto á la cruz, y allí hizo que Juan se arrodillara con ella.

— Oremos aquí, se lo he prometido á Dios.

Rosa alzó las manos al cielo, se puso á orar algunos instantes en voz baja, y luego echando los brazos al cuello de su amigo le estrechó con tal emoción, que sus fuerzas la abandonaron, y silenciosa, aunque risueña, dejó caer su cabeza sobre el seno del viajero.

Durante esta escena Periquillo bailaba entre los labriegos dando palmadas y diciendo á gritos:

— ¡Es Juan el Largo, es Juan el Largo!

EPILOGO.

Por un hermoso día de otoño del año 1846, la diligencia de Amberes á Turnhout corría según su costumbre sobre la calzada pedregosa. El mayoral detuvo de repente sus caballos cerca de una posada aislada y abrió la portezuela, por la cual saltaron al camino dos jóvenes viajeros risueños y alegres, que extendieron sus brazos como prueban sus alas en toda libertad los pájaros que han estado cautivos largo tiempo.

Contemplaban la verdura agostada y el hermoso cielo azul con esa mirada ávida y contenta que indica que se acaba de salir de una ciudad, y aspiraban el aire con delicia.

De repente el mas joven de los dos miró á lo lejos, y un éxtasis poético se pintó en sus facciones.

— ¡Escucha, escucha! exclamó.

Los sonidos de una música resonaban mas allá del plantel de abetos; el compás era vivo y ligero, habriase dicho que era la música de un baile.

En tanto que el mas joven de los viajeros señalaba con el dedo el horizonte, su compañero le dijo en tono de broma:

— Allá bajo los tilos resuenan el violín y el tambor; están bailando y divirtiéndose, y ninguno de ellos piensa en el dolor ni en la muerte.

— Vén, vén, amigo Juan, continuó, no te entusiasmes tan pronto. Es sin duda la recepción de un burgo-maestre.

— No lo creo; son mas bien regocijos oficiales; vamos á ver á las aldeanas, es un lindo cuadro...

— Tomemos algo antes en casa de Baes Joostens y preguntémosle lo que pasa en la aldea.

— Para privarnos de la sorpresa ¿no es verdad? ¡Oh, siempre la prosa!

Los dos viajeros entraron en la posada, y apenas habían dado dos pasos en ella cuando soltaron una carcajada.

Baes Joostens estaba cerca de la chimenea derecho como una pica. Su largo leviton azul de los días de fiesta le bajaba hasta los talones formando pliegues angulosos y extravagantes. Saludó á los jóvenes que le eran desconocidos con una sonrisa en que se notaba cierta violencia, pero no se movió, porque el cuello de su camisa alto y derecho le guillotina cruelmente las orejas á cada movimiento.

Un instante despues gritó con voz impaciente, aunque sin volver la cabeza:

— ¡Zanna! ¡Zanna! Vamos, oigo la música, ¿no te he dicho que llegaríamos tarde?

Zanna acudió con un cesto lleno de flores.

¡Oh! ¡cuán hermosa estaba con su gorra de encaje, su basquiña corta, su corpiño rosado, su gran corazón de oro sobre el pecho y sus mejores pendientes!

Su rostro estaba encarnado de júbilo; parecía una flor gigantesca desplegando sus anchos pétalos de color vistoso.

— ¡Bella y majestuosa poesía que se abre en un claro día de mayo! murmuró el mas joven de los viajeros.

Zanna había servido dos vasos de cerveza y luego huyó con sus flores riendo y cantando.

El Baes gritó con mas impaciencia aun:

— ¡Beth! ¡Beth! si no vienes al instante me voy solo.

Un antiguo reloj que colgaba de la pared marcaba las nueve en aquel momento, y un grito de pájaro cantó con voz triste:

— ¡Cucu, cucu, cucu!

— ¿Qué quiere decir eso? preguntó uno de los viajeros; ¿habéis vendido aquel hermoso reloj que antes estaba ahí para oír todo el año ese canto fúnebre?

— Sí, sí, dijo el aldeano con una sonrisa maliciosa; burlaos de ese reloj cuanto queráis, pero el caso es que me produce cincuenta florines de Holanda por año; es un terreno que no necesita abono.

En el mismo instante resonaron cuatro cañonazos á lo lejos.

— ¡Dios mio! exclamó el Baes, ha principiado la fiesta. Jugando y riendo esa mujer me hará salir de mis casillas.

— Pero ¿qué fiesta es esa? preguntó el mayor de edad de los amigos; ¿acaso viene el rey al pueblo?

— Es una historia singular, respondió el Baes, no se ha oído jamás semejante cosa. Si la supiérais no necesitarais ya forjar mentiras para llenar vuestros libros; y mirad, ese viejo reloj entra por algo en la historia de Rosa la Ciega.

— ¡Rosa la Ciega! murmuró el otro viajero; magnífico título y que haria buena pareja con el *Joven enfermo*.

— Me opongo á ello, dijo su compañero; puesto que

andamos juntos en busca de historias, el hallazgo debe repartirse lealmente.

— Corriente; le sortearémos luego, repuso el poeta con acento triste.

— Y á todo esto, dijo el otro, no sabemos nada todavía. Vamos, Baes Joostens, quitaos ese horrible cuello que os está desollando y contadnos la historia; os regalaremos el libro cuando esté impreso.

— Ahora es imposible, respondió el Baes; oigo á mi mujer que baja la escalera; pero venid con nosotros hasta el pueblo, y en el camino os diré porque tenemos salvas y música...

La posadera entró engalanada con unos atavíos tan chillones, que se quedó deslumbrado al verlos el mas joven de los dos viajeros.

Corrió á su marido, alzó mas aun el consabido cuello, tomó su brazo y se dirigió hácia la puerta.

Los dos jóvenes los siguieron.

Baes Joostens contó por el camino á sus oyentes ávidos de oírle toda la historia de Juan el Largo y de Rosa la Ciega, y aunque la relación acabó por dejarle sin aliento, los viajeros sin consideración alguna le hicieron mil preguntas.

Les dijo que Juan Slaets había comprado el antiguo reloj y le había prometido cincuenta florines por año con tal de que le pusiera en la posada en el mismo puesto que había ocupado en otros tiempos: que Juan el Largo había pasado treinta y cuatro años en Rusia, donde se había hecho riquísimo comerciando con pieles; que había comprado la casa de campo de la señora que había fallecido, y la habitaria con Rosa y la familia Nelis, el escobero, cuyos hijos había adoptado; que había dado mucho dinero al sepulturero, y en fin, que aquella misma tarde había una gran fiesta en la casa que había comprado, y que en esa fiesta debían asar una ternera y cocer dos calderos de arroz con leche.

Baes Joostens hablaba todavía, cuando al revolver una casa se encontraron en la calle mayor de la aldea.

Los viajeros no escuchaban ya al narrador; sus ojos apenas les bastaban para admirar las bellas cosas que á sus ojos se ofrecían.

Toda la aldea estaba adornada delante de las casas con verdes abetos, entre los cuales había colgaduras blancas como la nieve y magníficas guirnaldas de flores. Aquí y acullá sobre las cabezas de los espectadores flotaban cronogramas de toda especie en grandes letras encarnadas. Por todas partes se elevaban hermosos mayos coronados con cien banderines de vistosos colores, con guirnaldas de huevos y pedazos de vidrio que producían sonidos argentinos. En la tierra á la orilla del camino los mozos y las mozas habían plantado matas y flores donde se veían reproducidas, según el uso, las cifras de Jesús y María. Una sola representaba una JR entrelazadas, lo que significaba Juan Rosa, invención del maestro de escuela.

En medio de todos estos preparativos de fiesta circulaban muchos aldeanos de los pueblos contiguos que habían venido á presenciar las sorprendentes bodas que allí se celebraban.

Los jóvenes viajeros iban de un grupo á otro escuchando todo cuanto podían. Pero así que el cortejo que venía de la casa atravesando los campos, se acercó á la aldea, corrieron á la entrada del campo santo y se subieron á una cuesta á fin de no perder ningún detalle de la ceremonia. Contemplaban el cortejo con una especie de respeto, y efectivamente, era tan bello y tan interesante, que el corazón del viajero mas joven latía de poético entusiasmo.

Mas de cincuenta niñas de cinco á diez años vestidas de blanco se adelantaban con la suave sonrisa de la infancia pintada en el rostro, parecidas á esas blancas nubes que corren por el azul del cielo. Sobre sus hechiceros semblantes y en torno de sus cabellos que flotaban en libertad, se columpiaba una corona de rosas de todos los meses que rivalizaban en frescura con sus purpurinos labios.

— Es un cuento fantástico de Anderson, murmuró el joven poeta; los silfos han abandonado el seno de las flores; inocencia, pureza, alegría.... ¡Dios mio! ¡qué cuadro tan hermoso!

— Aquí están las peonías, dijo el otro, y Zanna Joostens marcha á su cabeza.

Pero el joven se hallaba demasiado embebido para hacer caso de una observación tan prosaica. Contemplaba con una especie de éxtasis un enjambre de jóvenes que seguían á las niñas, resplandecientes de vida y salud. ¡Cuán hechiceros se mostraban sus rostros orlados con la nieve de su tocado de encaje! ¡Qué modestia tan encantadora! ¡Qué celeste la sonrisa que asomaba á sus labios! Era como esos preciosos círculos que el céfiro describe en la superficie de los lagos cuando juega con las ondas en los días de verano!

Aquí llegan Rosa la Ciega y Juan Slaets, su novio.

¡Cuán dichosa debe encontrarse la pobre mujer! ¡Ha padecido tanto! Ha tenido que recurrir á pedir limosna; ha pasado treinta y cuatro años en la aflicción engañándose con una esperanza que ella misma creía ilusoria... ¡Y ahora, hé aquí el amigo de su infancia y de su juventud!... Camina apoyada en su brazo hácia el altar del Dios que se ha compadecido de sus lágrimas... La promesa hecha sobre la cruz del cementerio se va á realizar... se encuentra á punto de casarse. En su seno brilla todavía la humilde crucecita de oro que él la dió... Está oyendo los gritos de alegría, los cantos y la música que saludan el regreso de su amado. Su paso es inseguro bajo el peso de la emoción, y estrecha fuertemente el brazo de su esposo como si dudase de la realidad de lo que está pasando.

La siguen Nelis, su mujer y sus hijos, vestidos como campesinos acomodados. A cada instante inclinan la cabeza y enjugan lágrimas de gratitud cada vez que miran á su bienhechora privada de la vista.

Periquillo anda con la cabeza erguida dando la mano á sus hermanas.

Pero ¿qué grupo es ese que viene detrás? Le forman los restos de un ejército diezmando por el tiempo. Unos veinte ancianos siguen á los hijos de Nelis. ¡Extraño espectáculo! Todos llevan la cabeza cana cuando no son calvos; muchos de ellos están encorvados; casi todos se apoyan trabajosamente en un garrote, dos llevan muletas y uno es ciego y sordo; pero todos se encuentran tan quebrantados por los años y las faenas campestres, que se creeria ver una porción de víctimas arrojadas del sepulcro por el brazo de la muerte.

Lorenzo Stevens, que casi llega con las manos á la tierra, abre la marcha, y la cierra el ciego guiado por el abuelo del molinero.

Unicamente estos ancianos vivieron en la época en que Juan el Largo era el gallito del lugar, donde todo el mundo rendía homenaje á su valor y se inclinaba ante su juvenil orgullo.

Detrás seguían los habitantes de la aldea, hombres y mujeres convidados á las bodas.

El cortejo entró en la iglesia, y desde fuera se oyó el órgano que entonaba una melodía solemne.

El joven poeta llevó aparte á su compañero, se inclinó hácia la tierra, se volvió, y luego presentó al otro su mano cerrada de donde salían las puntas iguales de dos tallos de yerba.

— ¡Ya! ¡qué prisa tienes!

— Vamos, vamos, el argumento me inspira, y quiero saber si tengo derecho ó no para hacerle mio.

El otro tiró de uno de los tallos, y al mismo tiempo el joven poeta dejó caer el segundo exhalandolo un doloroso suspiro.

— ¡He perdido! exclamó.

Y hé aquí, amado lector, cómo el mayor en edad de los dos amigos os ha contado la historia de Rosa la Ciega. Es lástima, porque la ha contado en prosa; si la suerte hubiera decidido lo contrario, la habriais leído en versos llenos de sentimiento y armonía. ¡Quiera Dios que en otra ocasión el destino os sea mas propicio!

Viaje de sir Edmundo Broomley

EN BUSCA DE UNA TAZA DE TÉ.

(Segundo artículo.)

Singapore.

Supongo que hay fondas en Singapore tan confortables y tan aseadas como las de Londres, pero en conciencia no lo afirmaria, pues los buques ingleses y franceses que llegan al puerto desembarcan tantos oficiales y empleados de los dos ejércitos de expedición, que en vano pedí asilo á todos los fondistas europeos de la ciudad.

— No tenemos ni un cuarto ni una cama, me respondieron por todas partes.

Sin duda habría encontrado hospedaje en alguna posada de las que se hallan al cuidado de los hijos del celeste imperio, pero retrocedí ante el olor de la hospitalidad china. Mi buena estrella me dirigió por fin á la viuda de un droguero inglés que tiene una casita en el muelle. Esta digna señora tuvo á bien proporcionarme un cuartito bastante limpio, una cama un poco corta cubierta con un mosquitero agujereado, y dos sillas de bambú, una de ellas coja. Todo esto no me cuesta mas que una libra diaria, baratísimo en Singapore.

De una de mis ventanas veo la rada y el puerto donde se apiñan buques ingleses y franceses, una multitud de embarcaciones chinas, casas flotantes habitadas por familias enteras, chebeks árabes y barcos cochinchinos pesados y feos.

La otra ventana da á una de las estrechas y tortuosas callejuelas de la ciudad china; aquí están amontonadas todas las mercancías y circulan todas las razas del universo; es una exposición de tipos y de trajes no menos curiosa que la de Sydenham-Palace. ¡Y qué lenguas! ¡qué ademanes! ¡qué gestos! ¡qué gritos! Singapore es la Babel moderna.

Todo esto me interesa, y confieso vergonzosamente que he solido no sentir con mucha amargura el haber roto la taza de miss Aurora.

El capitán Lecoq me ha hecho el honor de almorzar ayer conmigo; parece ser que ha vendido muy bien una buena parte de sus mercancías, por lo cual estaba contento hasta lo sumo; tres veces brindó con su copa de ron á la alianza anglo-francesa.

Esta mañana acababa yo de leer la última novela de Thackeray que el librero de moda ha puesto en venta hace algunos días, cuando pegaron á mi puerta dos golpecitos discretos.

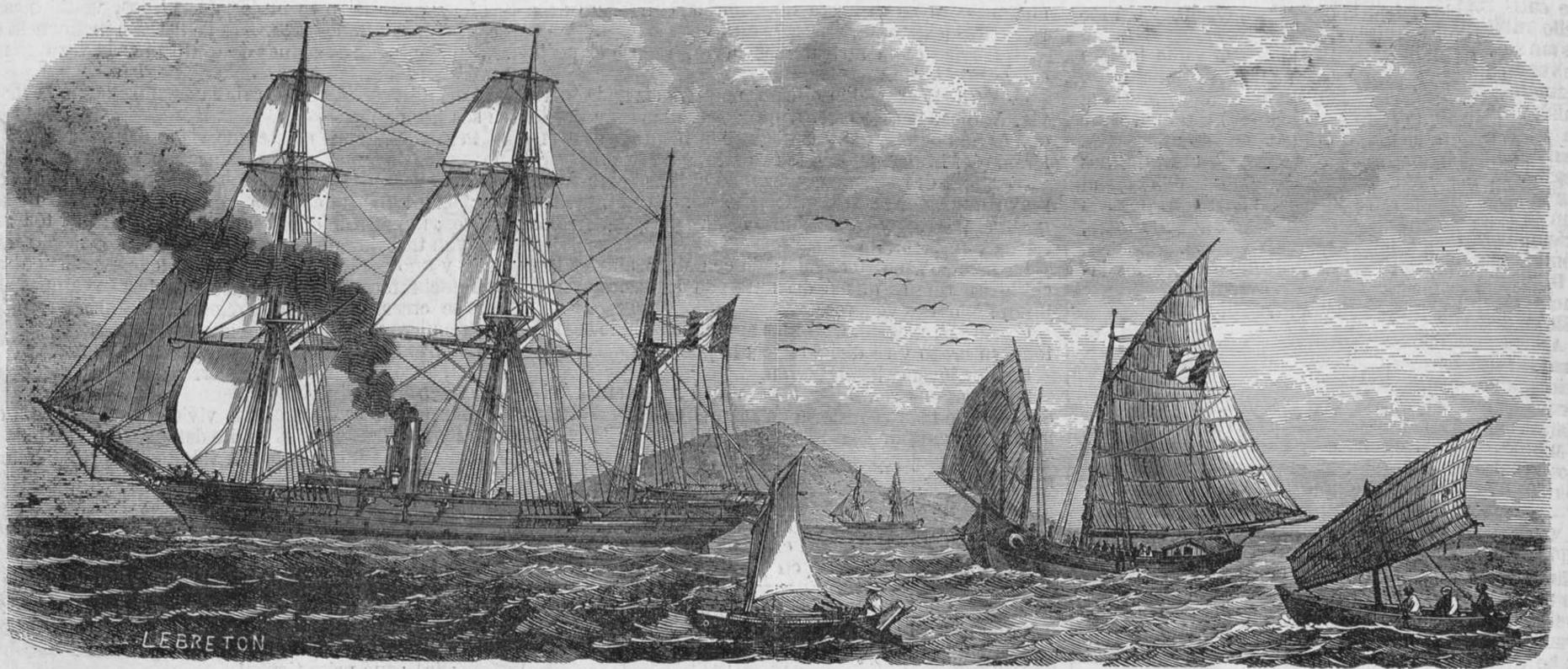
— ¡Adelante! exclamé.

La puerta se abrió, y un hermoso indio cubierto con una hermosa vestidura blanca, con las muñecas y las piernas adornadas de anillos de oro apareció en el umbral. Despues de haberse inclinado profundamente permaneció inmóvil.

Tenia un aire muy noble, y en Europa seguramente le habrían tomado por un príncipe.

Sin embargo, no era mas que un criado de una buena casa.

¡Oh Tom, Will, Jack, John, Dick, Toby, ayudas de cámara y lacayos de las mas aristocráticas viviendas de



EL PHEGETON REMOLCANDO LA BARCA DE LOS MISIONEROS DE COCHINCHINA; piragua malaya y sampang chino.

West-End! ¡cuán triste figura hariais al lado de vuestro compañero de Singapore! Y ¡Dios me perdone! pero tambien habrian salido mal en la comparacion vuestros amos duques, condes y marqueses.

Hice un ademan, el indio se adelantó y me entregó un pliego sellado, despues de haberse inclinado por segunda vez y tan humildemente, que casi me puso en un apuro.

El mensaje contenia lo siguiente:

«M. Tomás Harrisson suplica á sir Edmundo Broomley que le haga el honor de venir á comer hoy con él á las cinco. Espera una respuesta favorable.»

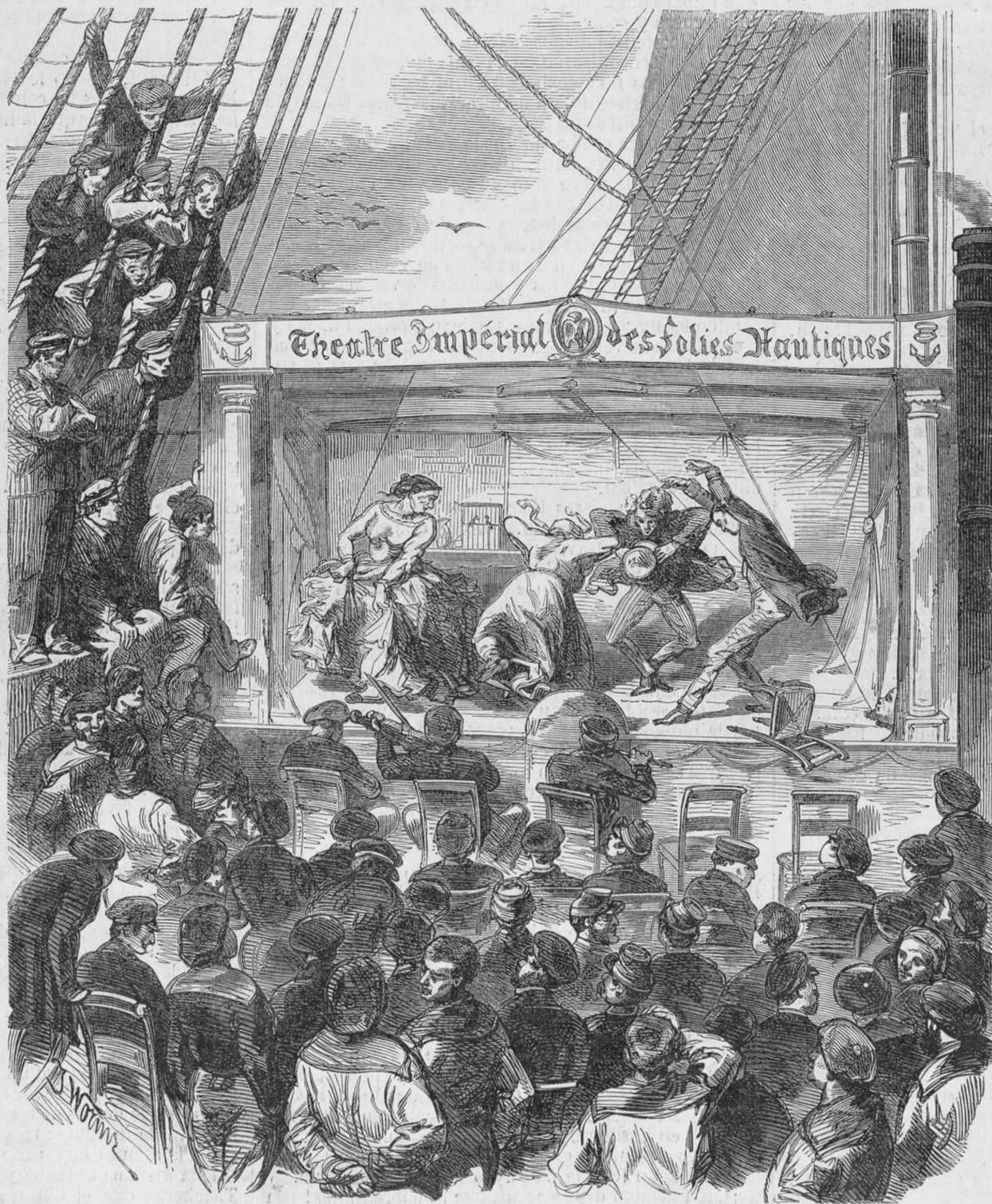
Un dia señalándome un hombrecillo, muy rechoncho vestido de mahon de piés á cabeza, que atravesaba el muelle con un enorme quitasol azul y enjugándose la frente, mi jugádera me habia dicho:

— Ahí va M. Tomás Harrisson, un hombre que tiene mas navíos en el mar que platos tengo yo en mi casa, y mas millones que años cuento yo, y sin embargo, no soy jóven, añadió la buena mujer con un suspiro.

— Pues no parece que le envanezcan sus riquezas, respondí yo; tiene la fisonomia mas franca, mas alegre y cordial que en mi vida he visto.

Como M. Harrisson se hallaba á veinte y cinco pasos de nosotros y yo no habia hablado bastante alto para que él me oyera, no debia yo sin duda aquel obsequio inesperado, á la buena opinion que me habia merecido.

¿Debia aceptar ó no? Vacilé un momento, y aun habia tomado la pluma pa-



TEATRO A BORDO.

de mí como una estatua de bronce:

« Sir Edmundo Broomley da gracias á M. Tomás Harrisson por el convite que le ha hecho el honor de enviarle, y acepta con sumo gusto. »

La estatua se inclinó por tercera vez hasta el suelo, comenzó á retirarse andando hácia atrás con un paso que parecia el de una sombra, y desapareció.

Yo pasé el dia en preguntarme cómo era que un hombre que no me conocia deseaba tanto darme de comer.

A las cinco menos cuarto tomé el palanquin, vestido con todo el lujo que me habian permitido los escasos recursos de mi maleta de viaje. En una ocasion tan extraordinaria habia juzgado oportuno sacar á relucir el chaleco de Tien-Hué que destinaba á deslumbrar á los chinos el dia que atravesara las calles de Pekin.

A las cinco menos cinco minutos entraba en el salon del millonario, anunciado correctamente por un criado inglés, á quien ni siquiera habia pensado en dar mi nombre, y que habia juzgado superfluo preguntármele.

M. Harrisson se levantó con presteza, vino á mí casi corriendo, y felicitándome por mi llegada, me dió un vigoroso apretón de manos á la inglesa, lo que me llenó los ojos de lágrimas de ternura.

Despues me presentó á una jóven de unos diez y seis años que se habia levantado tambien á mi llegada, y me dijo:

— Mi hija Mary.

Miss Mary es mucho menos bonita que vos, miss Aurora, pero sin embargo, es bonita; no tiene vuestro



TOCADOS INGLESES EN LA CHINA.

ra responder, cuando no estaba bien decidido todavía. Sin embargo; la misma extrañeza de aquel convite, así como tambien el recuerdo del risueño semblante que se habia quedado grabado en mi imaginacion, me incitaban á decir que sí; escribí pues sin reflexionarlo mucho estas dos líneas que entregué bajo un sobre al criado que estaba delante



TOCADOS CHINOS.

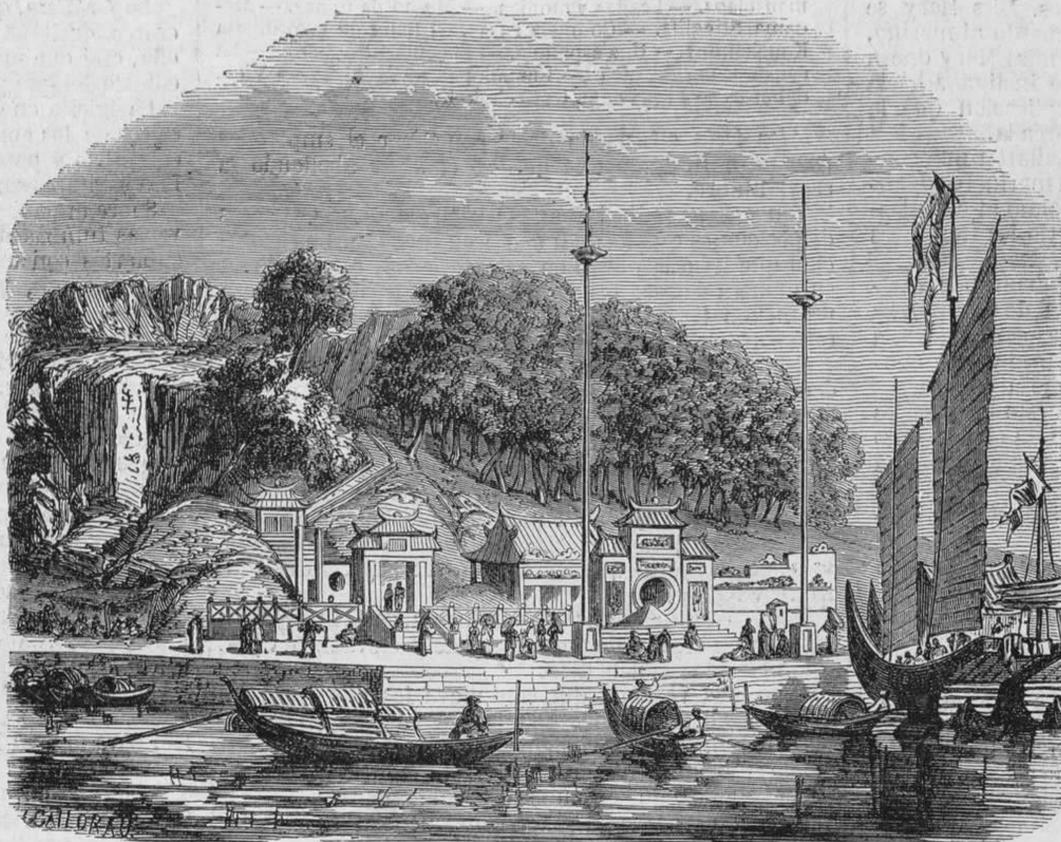
tro cutis rosado, ni vuestro cabello rubio, ni vuestros ojos azules tan suaves cuando nadie rompe vuestras tazas de té; pero hay seguramente en su rostro de una palidez mate, en su mirada tierna y profunda, en su hermosa frente coronada de cabello mas negro que el azabache, hay seguramente en todo esto y mas aun en su sonrisa, mas que suficiente para inspirar amor á un hombre que no os haya visto.

Dí gracias á M. Harrison por su convite, que me habia sorprendido en demasía.

Apenas estábamos sentados, cuando un hermoso jóven de veinte años vestido con el uniforme francés de los guardias marinas entró en el salon.

Miss Mary casi sin alzar los ojos saludó ligeramente al recién llegado.

— M. Leon Bernard, dijo M. Harrison volviéndose hácia mí y tomando al marino de la mano; un cazador de tigres de un ardor y una sangre fria que avergüenzan á los que se consagran á destruir esa horrible raza. Le he visto á la obra y por eso le he cobrado una verdadera estimacion.



LA PAGODA DE LAS ROCAS EN MACAO.

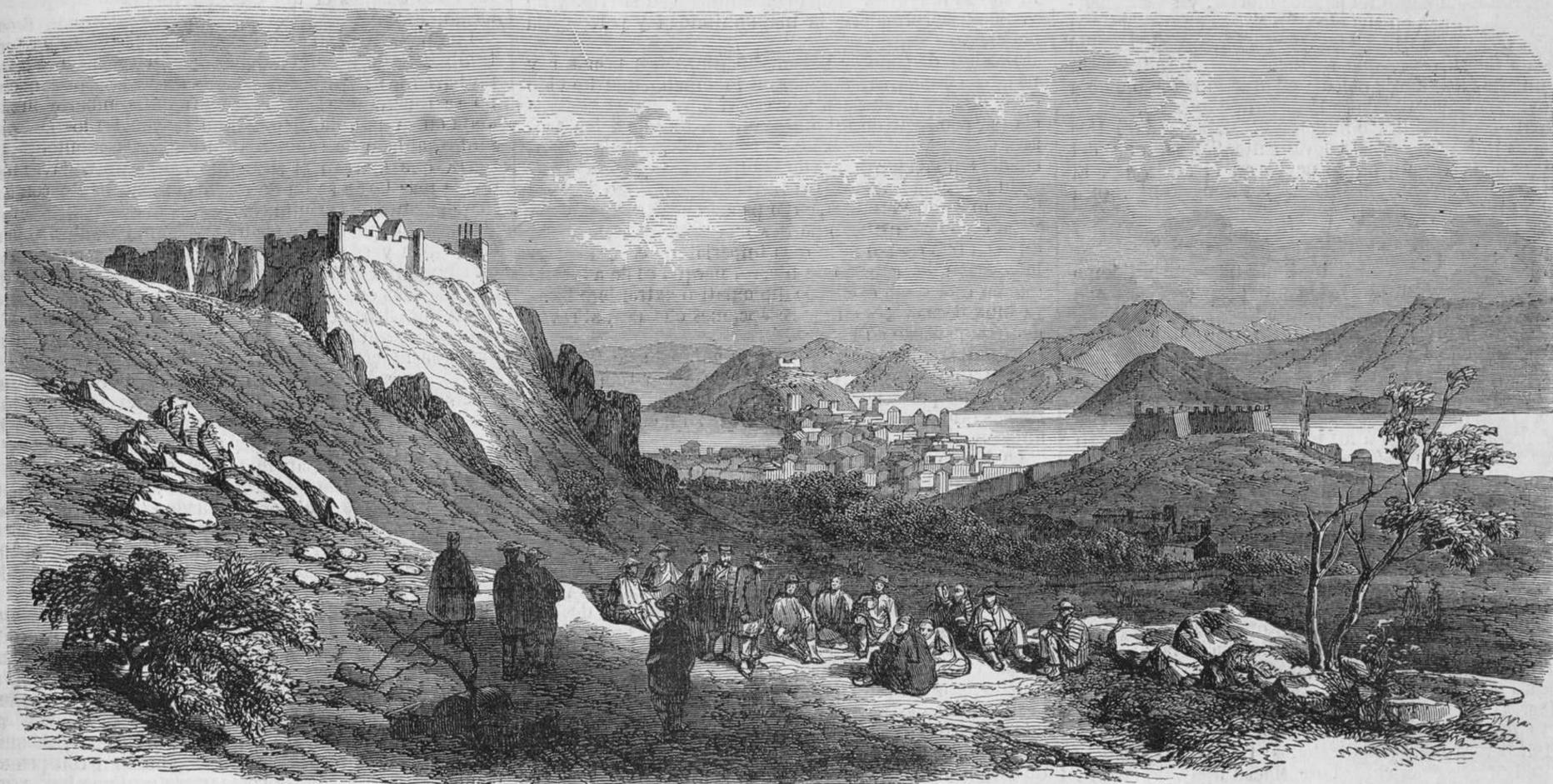
M. Leon Bernard se sonrojó, y cosa extraordinaria, miss Mary se sonrojó mas aun, y sin embargo no se dirigia á ella la lisonja.

La mesa estaba puesta en un comedor como solo se ven en Lóndres ó en Paris; las paredes estaban revestidas de mármol blanco; en una jardinera inmensa las plantas mas raras de los trópicos ostentaban sus admirables flores, y en los cuatro rincones habia surtidores cuyas aguas caian en pilones de malaquita con un ruido de los mas agradables.

Grandes aberturas cerradas únicamente con cortinas de seda dejaban entrar la escasa frescura que traia una ligera brisa de la tarde.

Dos muchachos chinos agitaban un inmenso abanico sobre nuestras cabezas. Estos paises del sol son muy hermosos, pero no reina en ellos la igualdad; y cuando se piensa que una parte de la poblacion pasa su vida en dar aire á la otra, sin que á ella la abaniquen jamás, tiene un tentacion de decir que la justicia es una palabra vana.

La comida fué muy alegre.



MACAO, VISTA TOMADA DE HEANG-SHAN.

M. Harrison contó veinte anécdotas á cual mas chistosas y que le hacian reir mucho, con su risa sonora y comunicativa, que ponía siempre de buen humor á los mas graves personajes.

A los postres, despues de haber brindado por el excelente comerciante, yo dirigí á M. Harrison una pregunta que tenia hacia rato en la punta de la lengua, y le pregunté categóricamente qué es lo que me habia valido por su parte una acogida que me habia sorprendido tanto como me habia lisonjeado.

— Ya conocéis el proverbio francés, me respondió M. Harrison; « Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos. » Permittedme, querido mio, que no os diga mas.

No habia modo de insistir, y debí renunciar á saber la solucion del enigma, á menos que no la encontrara yo mismo.

Despues de la comida M. Leon Bernard convidó á M. Harrison y miss Mary á pasar un rato de la noche á bordo de su buque, donde los soldados y los marineros debian representar una comedia. M. Harrison aceptó y el jóven me suplicó que



UNA CALLE DE MACAO.

les acompañara. Fuimos todos al muelle, y diez minutos despues una barca nos hizo llegar al teatro que se columpiaba con el movimiento de las olas.

El escenario adornado de guirnaldas y de banderas inglesas y francesas se elevaba á popa del buque. Ya habia principiado la funcion y estaban representando un vaudeville. Entiendo bastante bien la lengua francesa, leo casi de corrido Corneille, Racine y Moliere, pero jamás he podido comprender un vaudeville francés contemporáneo. Sin duda la lengua del vaudeville difiere esencialmente de la que hablaban los autores que llaman clásicos en Francia. Así pues, si no pude reirme de los dichos y las agudezas que celebraban mucho los espectadores entre los cuales habiamos tomado asiento, la accion eminentemente original y los trajes estrambóticos de los cómicos improvisados me divertieron de un modo prodigioso.

M. Harrison se reia, aplaudia y se retorcia en su silla en un estado de satisfaccion imposible de describir; seguramente no es un inglés

flemático, como dicen nuestros vecinos. Miss Mary se hallaba también muy animada, y en cuanto al marino, no sé por qué, mas dirigía su vista á miss Mary que á los cómicos. De tiempo en tiempo se inclinaba hácia ella para darla en buen inglés una explicación que la jóven escuchaba con una atención marcada.

Después de la comedia los actores bailaron una contradanza en la cual la dama jóven (un marinero gigantesco) ostentó gracias que pusieron el colmo al entusiasmo del público y llevaron hasta el delirio los trasportes de M. Harrisson.

Eran las doce de la noche cuando estábamos de vuelta en tierra. La luna brillaba en un cielo de una pureza incomparable, y apostaría cien guineas contra diez, á que la noche en que Romeo conversó tanto y tan amorosamente con Julieta no era mas hermosa y clara.

M. Bernard y miss Mary se habian puesto muy serios de repente, y no dijeron una palabra hasta el momento en que se dieron las buenas noches en voz muy baja á la puerta de M. Harrisson.

Explíqueme quien pueda cómo esa despedida me trastornó el corazón de un modo extraño, cómo la imagen de miss Aurora me apareció de súbito mas viva que nunca, y cómo su nombre asomó á mis labios.

En la mar á bordo de la *Fantasia*.

Como el capitán Lecoq habia concluido sus negocios en Singapore, juzgó á propósito darse á la vela para Hong-Kong hace tres dias.

La víspera de nuestra marcha M. Bernard habia salido con su navío. — M. Harrisson y yo le acompañamos hasta llegar á bordo. Al estrecharle fuertemente la mano, M. Harrisson le dijo con voz muy conmovida: «Hasta la vista;» y estas palabras fueron repetidas por el marino que añadió con acento trémulo: «Muchas expresiones á miss Mary.»

El jóven estaba de una palidez mortal, y seguramente habia lágrimas en sus ojos. Preciso es que quiera con mucha ternura á M. Tomás Harrisson... á menos que no sea á miss Mary, que se habia sentido indispuerta justamente en la tarde del dia en que el marino habia anunciado que estaba dada la orden de marcha.

Viento contrario desde Singapore. Mañana hará tres semanas que navegamos nuevamente. Son las once del dia y se distingue un punto negro en el horizonte. El punto se hace grande, es una isla, es Hong-Kong... otra ciudad inglesa: ¡Rule britannia!

Macao.

No he permanecido en Hong-Kong mas que el tiempo justo para visitar inútilmente las tiendas de porcelana de la ciudad y para perder veinte libras apostadas por un caballo. El turf de *Happy-Valley* es una bonita pradera muy bien cuidada. La situación de este magnífico campo de carrera es única en el mundo; se halla rodeado de tres cementerios, uno católico, otro protestante y otro zoroastrino, donde queman los cuerpos. La vista de estos lugares aconseja á los jockeys que se mantengan firmes sobre la silla.

Es un gusto habitar en Hong-Kong. La civilización ha marcado con su sello esta ciudad comerciante, donde ha introducido desde el primer dia de la ocupación inglesa, como en Cap-Town y en Singapore, el gas, las aceras y el macadam. Pero el capitán Lecoq tiene caprichos tan repentinos y singulares, que he temido no cambiara de parecer y no quisiera parar en Macao, por lo cual le he dejado en Hong-Kong y he tomado un brick inglés que me llevó en un dia hácia la antigua ciudad china y portuguesa.

Hemos visto un vapor que remolcaba una barea de piratas. ¡Pobres piratas! ¡Ellos, los reyes del mar en otro tiempo, ellos que hacian temblar al hijo del cielo, hoy tan perseguidos y maltratados! Ha pasado su época. Muy pintoresca es la ciudad de Macao apoyada en tres aldeas como para escalar mejor la escarpada colina donde se agrupan sus casas de ladrillos azulados, sus templos búdicos, sus iglesias y sus conventos católicos que son casi antigüedades sobre esta celosa tierra china.

Un dia para ir á la pagoda de las Rocas, una pagoda un poco degradada, pero muy bien situada sobre el puerto interior, para meditar sobre las brutalidades de la suerte con el genio, en la gruta donde el sublime Camoens concluyó sus *Lusiadas*; para ver á la sociedad elegante que se pasea sobre el muelle de Raya Grande, y para buscar una taza de té que nunca se encuentra, es bien poco; pero el capitán Lecoq no quiso concederme mas y es hombre capaz de darse á la vela sin mí para Canton. Mañana pues al despuntar el dia volveré á Hong-Kong.

H. E.

(Se continuará.)

Apuntes de una excursión veraniega

POR RUSIA Y ALEMANIA (1).

I.

Abolicion de la servidumbre. — Visita al emperador. — Retreta en el campamento de Krasnoeseloj. — Los soldados rusos. — Panteon de los emperadores. — Cementerios y

(1) Un distinguido escritor español que ha recorrido este verano la Rusia y la Alemania, ha consignado en una serie de cartas firmadas con el pseudónimo de Acteon y dirigidas á la *Epoca*, diario de Madrid, curiosísimas noticias sobre los países que ha visitado. Creemos que nuestros lectores leerán con gusto algunos de los mas notables de estos apuntes, que tomamos de las citadas correspondencias fechadas en San Petersburgo y en Baden.

(N. de la R.)

mausoleos. — Frailes y monjas. — Museo de minas. — Madama Stieglitz. — Comidas rusas. — Baile de la princesa Kouchoubey. — Una española. — El conde Strogonoff. — La censura periodística. — Fumadores. — Monjks. — Viaje del czar. — El príncipe Gortschakoff.

Alea jacta est, puede decir con César el emperador Alejandro II, desde que publicó el *ukase* aboliendo la servidumbre.

Tan grave, radical y audaz reforma es una de esas disposiciones que forman época en un siglo. La revolución que ha ocasionado en esta sociedad, el cambio en su manera de ser, los intereses que destruye y crea á un mismo tiempo, solo pueden apreciarse despues que esté planteada.

Esta abolicion del feudalismo, pues tal puede considerarse la medida en cuestion, ha aumentado el cariño, la casi adoracion del pueblo hácia su soberano.

El emperador de todas las Rusias ha querido prestar homenaje á las ideas de progreso que por todas partes germinan, y despreciando los consejos de la nobleza que le rodea, interesada en la continuacion del antiguo régimen, ha llevado adelante su pensamiento, sin cuidarse de la suerte que les cupo á sus antecesores Pedro III y Pablo I.

Alejandro II es hombre de resolucion, de firme voluntad y de un temple de alma digno de la elevadísima posición en que se encuentra.

Como toda reforma que conmueve los cimientos de una sociedad, experimenta la de la emancipacion de los siervos algunos inconvenientes al plantearla, porque el pueblo ruso, embrutecido y rudo, abusa de vez en cuando del beneficio que aun no sabe debidamente apreciar; pero el bien está hecho y las consecuencias se experimentarán despues.

El rey no alfoja si el pueblo no tira, se dice generalmente; pero esta vez no ha sido así. El pueblo, ó al menos la mayoría, estaba contenta con su suerte, y ha venido á sorprenderle la magnanimidad y perspicacia del czar.

Deseoso de conocer personalmente á tan previsor y poderoso monarca, despues de lo mucho que he oido decir de él y de su país, me resolví á pedir una audiencia por conducto de mi amigo el marqués de Selva Alegre, encargado de negocios de España durante la ausencia del embajador duque de Osuna.

Su Majestad Imperial me recibió un domingo despues de la misa en Petheroff, cuyo palacio habita en verano, yendo yo acompañado de dos maestros de ceremonia, que con tres coches de la casa imperial me esperaron en la estacion del camino de hierro, porque es de advertir que en esta corte el cuerpo diplomático extranjero figura muy pocas veces en las recepciones oficiales, al revés de lo que sucede en España.

El emperador se hallaba en su gabinete de trabajo, que es una pequeña y sencilla habitacion rodeada de jardines, separada del palacio y sin mas guardia ni centinelas que dos ayudantes de campo que habia en la antecala.

La hermosa y simpática figura de Alejandro II previene en su favor desde el primer momento.

Representa menos de los cuarenta y tres años que cuenta de edad; su fisonomía es franca, su estatura elevada y airosa, y la levita corta de uniforme que vestia, dejaba ver un cuerpo esbelto y elegante.

Cerca de un cuarto de hora me dirigió el czar su fácil palabra con extremada afabilidad, enterándose de las particularidades de mi viaje y proyectos, de la salud de nuestra reina y cosas de España y del punto en que se hallaba el duque de Osuna, á quien me dijo apreciaba mucho; y al despedirme de S. M. I. se dignó alargarme la mano para estrechar la mia cordialmente, como pueden hacerlo dos amigos íntimos. Semejante prueba de distincion y bondad me lisonjeó sobremanera, porque no acostumbra dispensar el emperador de Rusia tan alta honra sino muy rara vez y á determinadas personas.

Concluida la audiencia me sirvieron un magnífico almuerzo en una de las habitaciones del palacio, y despues fuí conducido, de la misma manera que me recibieron, al embarcadero de los buques de vapor, que cada hora salen para San Petersburgo.

Otra vez he tenido despues el gusto de ver al emperador en el campamento de Krasnoeseloj, establecido á una hora en camino de hierro de esta capital. Allí va con mucha frecuencia á mandar las maniobras que ejecutan los 20,000 hombres de la guardia real que se hallan campados, y los sábados á las ocho de la tarde á oír la oracion y retreta que tocan mas de 400 músicos con una armonía y precision notables.

El emperador va siempre sin escolta, en un drojky con tres caballos, y viste siempre el uniforme de general.

Los soldados sirven en Rusia quince años, pero despues son colocados en todas las dependencias del Estado, en los museos, caminos de hierro, porterías de las casas, obras públicas, jardines, teatros y hasta en las iglesias como sacristanes y campaneros, en fin, en todas partes se ven uniformes de soldados, porque á pesar de ser licenciados conservan su traje.

En un país tan inmensamente rico como lo es este, con la profusion y lujo que en todas las dependencias del Estado reina, con la grandiosidad de sus palacios y monumentos, esperaba yo ver el panteon de los emperadores, creyendo encontrar allí maravillas, las *Mil y una noches*, la aglomeracion de la riqueza llevada á un extremo fabuloso, el último esfuerzo en fin de la ostentacion, del gusto y de la grandeza. El Escorial me parecia pequeño y mezquino para encerrar los restos mortales de tan poderosos monarcas.

La fortaleza, que así se llama la última morada de los czares, excitaba mi curiosidad, y cuando me hallé en ella, creí que me habian engañado, dirigiéndome á otro edificio del que yo deseaba visitar.

La iglesia en donde están los sencillos y pobres mausoleos de los emperadores de Rusia, es pequeña, y sus columnas y paredes están cubiertas de banderas y trofeos militares conquistados por los moscovitas.

Sobre el pavimento de la iglesia y sin orden están varias tumbas de piedra, como de un metro de altura, cubiertas con un simple paño negro con un estrecho galon de oro, y rodeadas de una miserable verja de hierro.

El sepulcro de Pedro el Grande, cuyas casas, trajes y cuanto le ha pertenecido, se considera con religioso respeto en este país, en nada se diferencia del de sus sucesores. No parece sino que los czares quieren recordar al mundo, despues de haber poseido tantas riquezas, tanto honor y tanta grandeza el *Vanitas vanitatum et omnia vanitas* del Eclesiastes.

El sepulcro menos ostentoso de cualquier particular de los que se ven en los diferentes cementerios que hay fuera de San Petersburgo, vale mucho mas que los de todos los emperadores de Rusia.

Son aquellos del género del conocido *Père Lachaise* de Paris, pues solo en España é Italia están los cadáveres colocados unos sobre otros como cajones de droguería.

En este país es costumbre, al enterrar los cadáveres, celebrar una comida de *Requiem* en el mismo cementerio, para lo cual hay un local á propósito, mas ó menos costoso, segun la fortuna del finado.

A ella asisten, no solo los convidados al entierro, sino todos los parientes del difunto, aun los mas cercanos, y esta comida se llama *Trisna*, es decir, comida triste, lo cual se repite á los cuarenta dias bajo el nombre de *Pominki*. Sin duda los rusos han traducido literalmente de nuestros adagios el tan conocido *los duelos con pan son menos*.

Una preocupacion extraña existe aquí respecto de las tumbas. Hasta un año despues de enterrado un cadáver no hacen los mausoleos, porque creen los rusos que si no se espera este plazo, acaece alguna muerte inmediata en la familia. Así es que se ven en los camposantos, al lado de sepulcros muy lujosos, montones de tierra que marcan el sitio que ocupa un cadáver, en donde mas tarde se ha de erigir el monumento con las inscripciones de costumbre.

Generalmente son de piedra y hierro, porque este metal abunda y se emplea mucho en Rusia, no solo en esto, sino para cubrir las casas y palacios en vez de tejas, desconocidas en este país.

Los ministros de la religion, fuera de los actos de su ministerio, son en Rusia muy poco considerados, á pesar de la mucha devocion del pueblo. Hay dos clases de frailes, casados los unos y los otros solteros, los cuales se diferencian en el color de los hábitos, que son morados los primeros y negros los segundos.

Las monjas no tienen clausura y se las ve en las puertas de los templos pidiendo para el culto y mantenimiento de las comunidades. Yo he visitado el interior de algunos conventos, porque pueden recibir visitas en sus celdas, que nada ofrecen de particular. Comen separadas y trabajan por su cuenta, las que no tienen bastante fortuna.

En el convento de monjas de San Alejandro Newskys se enseña un cofre lleno de perlas finas y otras piedras preciosas, á granel como si fuera trigo. El altar mayor es de plata maciza, de peso de tres mil libras.

El museo de minas es uno de los mas ricos de Europa, y merece una detenida visita, aun para el mas lego en mineralogía. Los pedazos de malaquita, las esmeraldas de tamaño increíble, los brillantes, los ópalos, zafiros, topacios y otras piedras preciosas, abundan considerablemente, y entre otras cosas muy curiosas hay una pepita de oro nativa procedente de las minas de Siberia, que pesa cien mil francos.

Los rusos son, en general, hospitalarios y obsequiosos, y la buena sociedad es en extremo agradable. Así es que en cualquier otro país llamaría la atención el recibir un convite para comer en una casa á cuyos dueños no se conoce. A los pocos dias de estar en San Petersburgo merecí esta distincion de una dama que profesaba particular cariño á los españoles, á pesar de que son muy contados los que vienen por aquí. Madama Stieglitz es una señora rusa, aunque de origen inglés, cuyos salones son el *rendez-vous* de todo el cuerpo diplomático extranjero, al que recibe con la mayor cordialidad y finura.

Antes de sentarse á la mesa es costumbre en este país servir una ligera colacion, como para abrir el apetito, la cual se llama *zakuska*, y se compone generalmente de lengua, jamon, queso, sardinas en conserva y aguarrdiente. Inmediatamente despues empieza la comida y sirven una sopa fria, compuesta de legumbres, pescado, pepino y pedazos de nieve. Esta especie de gaspacho ruso estaría mejor colocado en el lugar de la ensalada, la cual se sirve como en España, pero con azúcar. La *batuina*, que así se llama la tal sopa, me puso en el conflicto mas grave que puede sucederle al mortal mas despreocupado.

En el primer convite en que me hallé me serví una buena porcion de la tal sopa, porque su aspecto engaña; pero por mí desgracia el pepino, al que son en extremo aficionados los rusos, sobresalía con una profusion lamentable; y yo, que hasta el olor de esta legumbre me hace mal, creí que llegaba mi última hora, al verme con la boca llena de aquel bodrio, al mismo tiempo que la señora de la casa me preguntaba con

cierto aire de satisfacción como encontraba yo la maldita sopa de su país. Lo que sufrí en aquel momento, solo puede comprenderlo el que se haya encontrado en tan apurado trance; pero algo debió revelar mi fisonomía, porque la señora de la casa mandó reemplazar aquello que llaman aquí sopa, por otra que realmente lo era.

El resto de la comida nada ofrece de particular, porque no se diferencia de las nuestras.

El té es la bebida favorita del ruso, y desde el más pobre hasta el potentado, lo toma cuatro ó cinco veces al día, con la sola diferencia que se sirve en vasos de cristal generalmente.

A pesar de que la gente *comme il faut* está en el campo, y que los bailes y reuniones son casi imposibles por el mucho calor que hace, asistí hace dos noches á uno de los primeros que dió en su magnífica casa de recreo, sita en las Islas, la princesa Kouchoubey.

Esta ilustre señora, que pertenece á una de las primeras familias de Rusia por sus timbres y riquezas, habita un palacio bañado por uno de los brazos del Nueva y rodeado de jardines, estatuas y fuentes, en cuya régia mansion reúne la sociedad más escogida de la corte imperial.

En medio de aquellas bellezas moscovitas, de facciones tan distintas á las de nuestra raza, formaba particular contraste el color moreno, ojos y pelo negro de una jóven que excitó mi curiosidad. Muy distante estaba yo de encontrar una compatriota en un país en que al saber que hablan con un español, se nota cierta sorpresa, porque para la generalidad de los rusos, solo hay viajeros ingleses, franceses, alemanes y alguno que otro italiano.

La señorita de Sarachaga, hija de un partidario de Carlos, natural de las provincias Vascongadas, cuyo padre tuvo la desgracia de perder en Baden de resultas de un duelo, hace muchos años que se encuentra en San Petersburgo, emparentada con la aristocrática y rica familia de los condes de Konchelef, en cuya compañía vive. Nuestra bella compatriota, á pesar de que hace diez y seis años que apenas habla su idioma natal, pues vino aquí de cinco, lo pronuncia bien, y tanto ella como otras muchas personas á quienes he hablado, no se dedican á cultivar el idioma de Cervantes, porque no hay un solo maestro en este país, ni libros ni periódicos. Los primeros profesores que se decidieran á venir á San Petersburgo, de seguro harían fortuna.

Allí tuve el gusto de ser presentado á varias señoras, entre otras á madama Regina, esposa del ministro de Nápoles, que llama la atención en esta sociedad por su belleza. Su marido, que lleva muchos años acreditado en esta corte, y que es en ella muy apreciado, continúa representando á su rey Francisco II, y como otros muchos diplomáticos que están en idéntico caso, pagados, según se dice, por el emperador.

Nada notable, que de contar sea, hubo en tan agradable y brillante reunión, pues el cenar, sentados los convidados á la mesa, es ya una cosa corriente en los bailes de buen tono en París.

Solo un individuo del sexo feo llamó mi atención por el ardor y entusiasmo con que bailó todo cuanto se tocó. Es este el conde de Strogonoff, casado en secreto, pero secreto á voces, como suele decirse, con la princesa María, viuda de Leutchemberg y hermana de Alejandro II. Este caballero, que podrá tener la edad de todo el mundo, como contesta con mucha gracia un amigo mio andaluz cuando le preguntan la suya, para no confesar que ha cumplido cuarenta años, es gentilhomme de su cuñado, y sin duda por no ser muy feliz en su desigual union conyugal, trata de aturdirse, prestándole ardiente homenaje á Terpsicore, á pesar de su elevada estatura y *embonpoint*.

En uno de los magníficos clubs, de los muchos que hay en San Petersburgo, en el cual fué presentado por el secretario de nuestra embajada, me hizo notar este, en el gabinete de lectura, un periódico extranjero, que estaba sobre la mesa, cubierto, casi su primera plana de manchas negras, de manera que era imposible leer una línea, de lo que la censura habia creído peligroso. Este sistema es preferible al de secuestro, tan usado en Francia, España y otros países, porque además de que respeta la propiedad, no impide que se lean y circulen los demás artículos que contiene el periódico.

Por más que lo veo diariamente en los caminos de hierro, en los jardines públicos y en otras partes, no puedo acostumbrarme á que una mujer me pida el fuego para encender su cigarro, como me ha sucedido ya varias veces.

Las españolas, y particularmente las americanas, tienen fama de fumadoras, sobrado injusta respecto de las primeras; pero de seguro, todo el bello sexo junto, incluso el de Alemania, que es muy aficionado al tabaco, no consume tanto como las rusas; á pesar de la prohibición de fumar en las calles.

El pueblo bajo, llamado *monjsh*, fuma también mucho un tabaco muy barato y muy malo, pero en el campo ó en sus casas. El traje de aquel es original. Lleva camisa de color con los faldones sobre el pantalón ancho, bota sobre este hasta cerca de la rodilla, gorra de paño con visera y un levitón ó sobretodo hasta los talones, y con el pelo y la barba larga que usa, mas parecen los hombres espantados que obreros.

A pesar de que la propaganda revolucionaria tiene ramificaciones y trabajos en este país, lo cual acaba de manifestarse por unas proclamas que han logrado introducir en los cuarteles y han dirigido por el correo á muchos oficiales, excitando al ejército para que pida una constitución, no hay esperanza ninguna de tras-

tornos. Y tan seguro está el czar de la fidelidad de sus tropas, que el 20 del corriente emprenderá un viaje largo á Crimea, con la emperatriz y familia, que durará cerca de dos meses.

Sin embargo, el emperador hace tiempo que medita reformar las instituciones de la Rusia, y se ocupa en estudiar las diferentes constituciones que rigen en otros países.

Esto puedo asegurarlo, á pesar de que aquí no sucede lo que en España, en donde los secretos de gabinete y los acuerdos del Consejo de ministros son discutidos y censurados, antes de que se lleven á efecto, en casinos, cafés y tertulias.

No es exacto que el príncipe de Gortschakoff piense en retirarse á la vida privada, como han asegurado algunos periódicos franceses. El ministro de Negocios extranjeros de Alejandro II continuará ocupando su puesto, porque este le dispensa su entera confianza.

La emperatriz é hijos saldrán seis días antes que su esposo, y como siempre, viajará con muy corta comitiva. Solo dos generales, ayudantes de campo, dos camaristas, una de las cuales es la señorita Dolgoronky, notable por su extremada belleza, y hasta veinte y cuatro personas mas, compondrán la servidumbre de la imperial familia.

No sé si tendré tiempo para escribir desde aquí otra carta, porque me dispongo á salir para Moscov; pero de todos modos, desde dicha ciudad daré algunas noticias á nuestros lectores.

II.

Un día de difuntos en San Petersburgo. — Moscov. — El Kremlin. — La Puerta Santa. — El Museo. — Las iglesias. — La catedral de San Basilio. — El club inglés. — La casa de expósitos. — Hoteles. — Drojkys. — Picadero. — Hamburgo. — Wies-Baden. — Homburgo. — Baden.

El mismo día en que puse en el correo mi última correspondencia de San Petersburgo, que fué el 9 del corriente, si la memoria no me es infiel, asistí á un espectáculo extraño para cualquiera católico que no esté acostumbrado á las ceremonias semi-paganas de los rusos.

Ya dije en mi anterior carta que los moscovitas traducían literalmente el adagio: *Los duelos con pan son menos*, en el acto de dar sepultura á los cadáveres; pero creí que una vez ahogado el sentimiento en el campo-santo á fuerza de manjares y vino, no volverían á mezclar sus lágrimas con la comida.

Bien pronto salí de mi error al entrar en uno de los muchos cementerios que hay extramuros de la ciudad. Era uno de los días de difuntos que celebran los rusos, pues así como hay cuatro cuaresmas en la religión moscovita, tienen también varios días de *gaudeamus* tristes.

Desde muy temprano se dirigen á la mansion de los huesos todas las personas que tienen algun deudo ó amigo esperando la resurrección de la carne, y el cementerio está intransitable.

Allí pobres y ricos llevan, según sus fortunas, provisiones para pasar una parte del día.

Sobre las mismas tumbas ponen las mesas, y sentados ó de pié alrededor de ellas, sirven el almuerzo ó la comida.

Las familias más acomodadas convidan á varios pobres, á los cuales sirven los criados lo mismo que á sus amos.

Esto se hace con orden y cierto recogimiento entre las personas bien educadas; pero el pueblo se excede de tal modo, que al oscurecer, aquel lugar de reposo y contemplación se convierte en una orgía.

En aquella confusión, en aquella algazara, prudente es, y así me lo recomendaron, tener mucho cuidado con lo que se lleva en los bolsillos, porque los tomadores del dos rusos no son menos diestros que los españoles.

Después de haber visto todo lo que hay de notable en la ciudad de los czares, salí para Moscov, en uno de los dos trenes que diariamente se dirigen á la antigua capital de las Rusias.

Veinte horas y diez y nueve rublos se emplean para llegar á la maravilla de las ciudades eslavas, á pesar de que la distancia que la separa de San Petersburgo podría recorrerse en poco mas de la mitad del tiempo. Pero los rusos, como los animales rumiantes, tienen cuatro estómagos y necesitan á menudo alimentarlos.

Las muchas estaciones que hay en el trayecto son grandes y bien surtidas, y los viajeros de primera, segunda y tercera clase no se confunden al comer, porque cada una de aquellas tiene su correspondiente salón, y las señoras su cuarto de *toilette*. Los coches son corridos, anchos y cómodos los asientos, con retretes y salones para familias.

El aspecto de Moscov es muy original. Sus calles irregulares y mal empedradas, sus casas de uno ó dos pisos lo más, sus 3,600 torres y cúpulas caprichosas, raras y sin arquitectura determinada, cubiertas de planchas de hierro pintadas de varios colores, entre los que domina el verde, el plata y el oro, producen un efecto sorprendente singular.

Moscov, fundada á mediados del siglo XII, cuenta hoy muy cerca de 400,000 almas, y á pesar de los muchos incendios que ha sufrido, antes del terrible caecido en 1812, cuando los ejércitos de Napoleon el Grande ocupaban la ciudad, es la población más industrial, manufacturera y comercial de todas las Rusias.

Su aspecto casi oriental, la extraña confusión de trajes tártaros, calmuco, griegos, armenios, árabes y de otras naciones que se ven por do quiera, le dan un ca-

rácter singular, *sui generis*, que nada tiene de parecido á las demás poblaciones europeas.

El Kremlin, antiguo palacio de los czares, reedificado casi en su totalidad, amurallado y fortificado hoy, es una de las cosas más notables de Moscov.

Este alcázar es para los moscovitas lo que el Acrópolis era entre los griegos y el Capitolio entre los romanos. Baste decir que por una de sus puertas, llamada la Santa, nadie, absolutamente nadie pasa sin descubrirse, aun marcando el termómetro de Reaumur 36 grados bajo cero, para lo cual hay un centinela día y noche que no tiene otra consigna.

Como puede suponerse, conocida la superstición de los rusos, los *monjshs* y el pueblo empiezan á santiguarse y hacer reverencias desde que divisan dicha puerta hasta después que la han pasado.

Como en todas las residencias imperiales, abunda en esta el lujo y la riqueza.

Entre los muchos y espaciosos salones ricamente adornados del palacio del Kremlin, hay cuatro que llevan los nombres de las órdenes que existen en Rusia, en los cuales celebran capítulos los caballeros de aquellas.

En las puertas del destinado á las damas de Catalina II está la cruz y placa de esta orden, de grandes dimensiones, formada de claros y hermosísimos brillantes de tamaños sorprendentes. Entre estas puertas y la del baptisterio de Florencia, de las cuales decía Miguel Angel que podían ser puertas para el cielo, conozco yo mucha gente que escogería las primeras.

En el museo de armas y antigüedades se conservan todos los tronos, mantos, coronas, cetros, espadas, trajes, coches, monturas y adornos que han servido á los emperadores y emperatrices en el acto de las coronaciones, y no tienen precio las alhajas y los objetos curiosos y riquísimos que encierran aquellos muros.

Todos los soberanos de la tierra reunidos no poseen la mitad de lo que tiene el czar de Rusia. ¡Sorprende, ofusca, maravilla tanta riqueza, tanto esplendor, tanto lujo, tanta grandeza! Como decía Boileau, hay verdades inverosímiles, y esta es una de ellas.

Cerca de este verdadero tesoro, en uno de los patios inmediatos, se ven colocados con gran simetría y esmero 875 cañones de todos calibres, cogidos á diferentes naciones, entre las cuales hay que excluir la inglesa, pero no la España, pues ocho de ellos han salido de nuestras fábricas, sin que yo sepa cuándo ni cómo se han hecho dueños de ellos.

Tanto las iglesias que hay dentro del recinto del Kremlin, como todas las demás, rivalizan en riqueza de piedras preciosas, oro y plata. En cuanto á su gusto y arquitectura, dejan mucho que desear, porque la mayor parte de ellas son de un género que no tiene nombre, caprichoso y extraño, y los adornos churriguerescos y abigarrados.

Entre todos los templos sobresale por su mal gusto la catedral de San Basilio, de la cual se cuenta que Ivan IV quedó tan maravillado al verla concluida, que le mandó sacar los ojos al arquitecto que dirigió la obra para que no pudiera construir otra igual. Si este acto de barbarie lo hubiera ordenado aquel monarca como castigo por haber hecho un edificio sin orden conocido de arquitectura, de pésimo gusto y sin carácter, se explicaría mejor tan aroz medida.

Moscov posee un teatro magnífico de ópera italiana; varios clubs ó casinos, entre los que sobresale el inglés, compuesto de 600 miembros, cuyo número no puede aumentarse; así es que los hijos de los socios son inscritos desde que nacen para ganar antigüedad, y entrar un día cuando ocurre una vacante.

En el club pueden permanecer los socios hasta la una de la noche, pero después tienen que pagar por cada cuarto de hora que pasa una suma, doblando siempre el importe de ella, de modo que el que está jugando ó durmiendo hasta las tres ó las cuatro de la mañana, es deudor de una cantidad considerable, que satisface después al pagar su cuota mensual.

La Casa de expósitos de la antigua capital de todas las Rusias, es un establecimiento modelo, digno de ser estudiado. Cerca de 12,000 personas encierra aquel vastísimo edificio, entre recogidos, nodrizas y empleados.

La organización, el orden, el aseo y regularidad de todas sus dependencias, hacen honor á su digno director. Ni en París, ni en Londres, ni en ninguna capital de Europa, he visto una casa de beneficencia que pueda compararse con la de Moscov.

Los hoteles son peores que los de San Petersburgo, con muy cortas excepciones, y tan caros como aquellos; pero hay una casa particular, cuyo dueño es un suizo que lleva muchos años en Moscov, en la cual se vive más barato, más cómodo y se come mejor que en las fondas. El dueño se llama M. Billo, vive en la gran Lubianka, núm. 74, habla inglés, francés, italiano, alemán y ruso, y es una guía viviente de su patria adoptiva, que debe consultarse diariamente para ahorrar dinero y tiempo. Todos los cocheros le conocen, y basta pronunciar su nombre para ser conducido á su casa-pension.

Los *drojkys* son más sucios y más incómodos que los de San Petersburgo, pues hay que ir en ellos á horcajadillas; pero hay carruajes por medios días y días enteros, decentes, cómodos y algo más baratos que los de la capital.

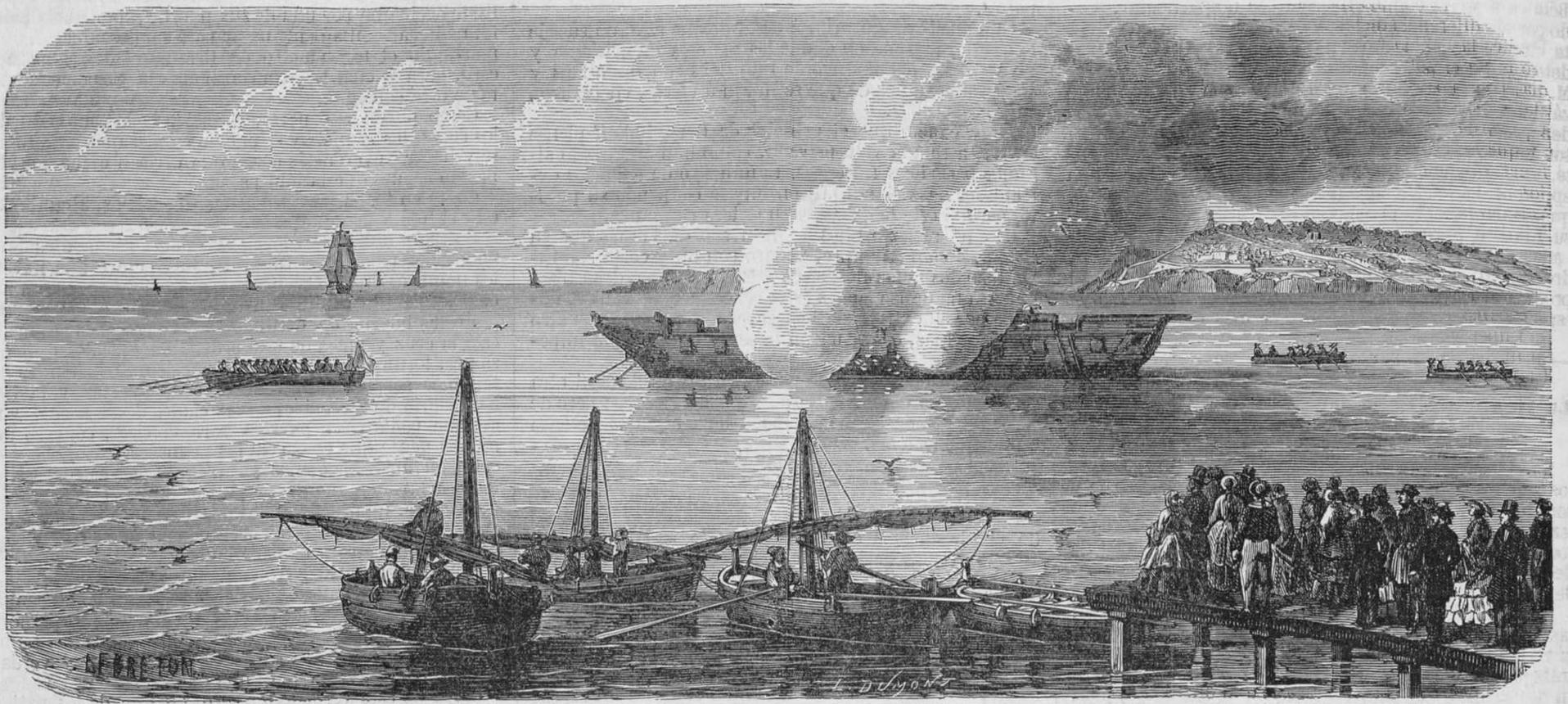
Un picadero monstruo llamó mi atención, y llamará la de todo el que lo vea, pues teniendo 53 metros de ancho, 186 de largo y 14 de elevación, no hay una sola columna, ni pilastra, ni nada que sostenga tan extensa techumbre. Dos mil caballos maniobran desahogadamente en tan magnífico edificio.

En cinco días he visto cuanto encierra Moscou de notable, así como sus alrededores, gracias á la excesiva bondad y atención de M. Bauer, vicecónsul de España en aquella plaza, el cual, á pesar de no ser hijo de la nación á quien sirve, sin sueldo alguno, dispensa á todos mis compatriotas igual benévola acogida que la que

yo le merecí. ¡Ojalá que los demás representantes y empleados del gobierno español en el extranjero siguiesen su ejemplo!

Llenado el objeto que me llevó á Rusia, despues de mas de un mes de estancia, resolví salir para Berlin, estudiando antes la manera de no regresar por el cami-

no que ya conocia; pero convencido de que no habia otro recurso sino deshacer lo andado, á no ir por el Neva, el golfo de Finlandia y el Báltico á Settin ó Lubek, cuya via para mí es como si no existiera, me resigné á sufrir las molestias del viaje por Dunamburgo, Cowno y Koenigsberg.
(Se concluirá.)



EXPERIENCIAS CON UNA NUEVA BALA INCENDIARIA EN LA RADA DE TOLON.

Experiencias de balas de cañon incendiarias.

INCENDIO DEL *Dromadaire* EN TOLON.

El 5 de setiembre han tenido lugar en la playa del fuerte San Luis, fondeadero de Vignettes, cerca de Tolon, las últimas experiencias con las balas de cañon incendiarias de un alferez de marina, ayudado por M. Fontaine, químico de Paris, y bajo la direccion del comandante de la escuela pirotécnica de Tolon. Esta prueba fué decisiva, pues actualmente el viejo trasporte el *Dromadaire* no presenta mas que una masa informe calcinada por el incendio. Habiendo quedado patentizado

por medio del tiro que los proyectiles llegaban al blanco con toda su accion incendiaria, no faltaba mas que conocer la eficacia de la composición inflamable despues de haber penetrado la bala en los bordajes de un buque. Catorce balas se metieron con este fin en los bordajes del *Dromadaire*, y se incendiaron por medio de mechas pirotécnicas.

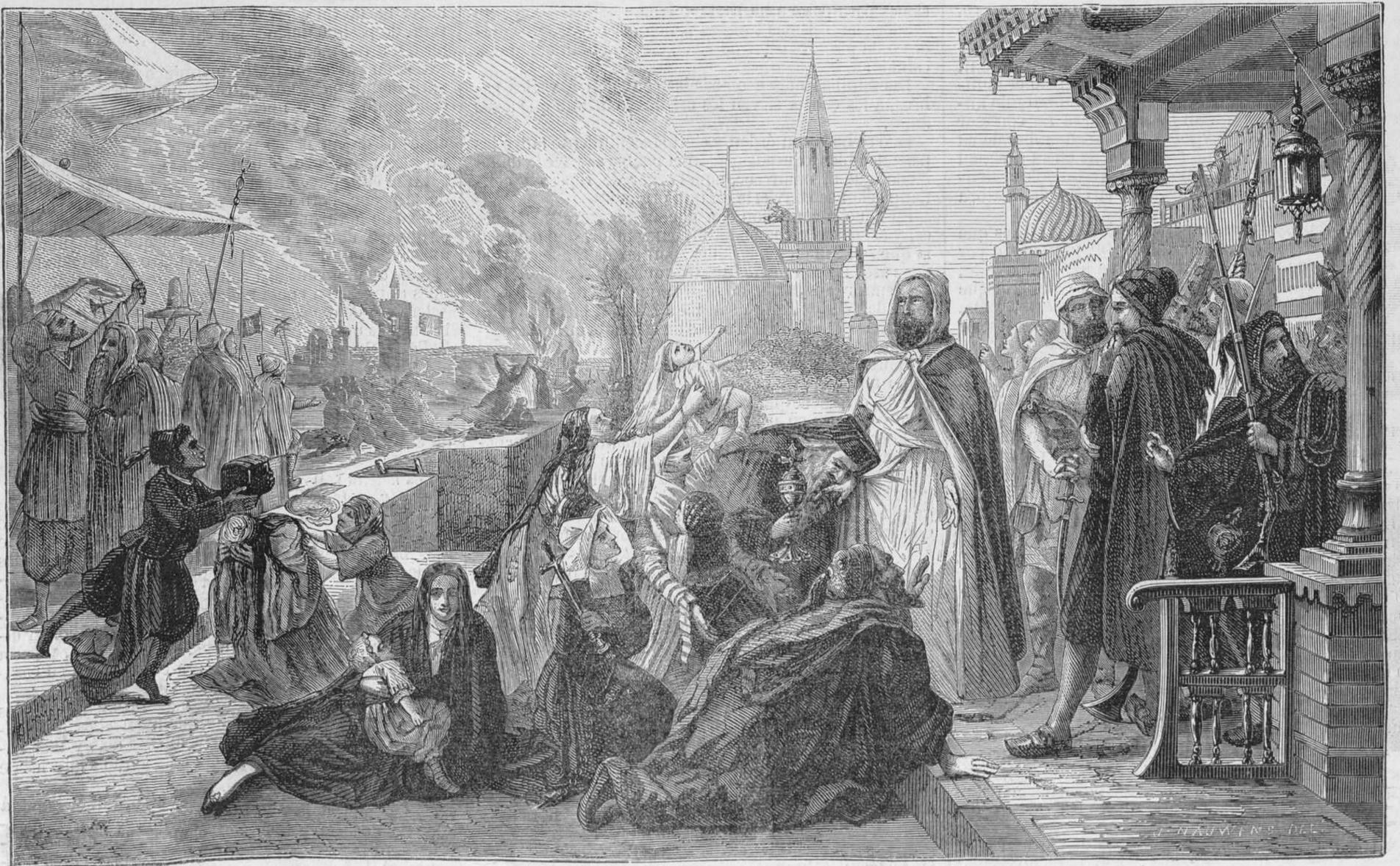
A la señal dada los proyectiles se pegaron fuego, y la materia inflamable que contenian se esparció como una lava incandescente en todas las partes del buque, que en algunos instantes formaba una inmensa hoguera.

Durante veinte y cuatro horas el *Dromadaire* ha estado ardiendo en medio de las olas, y sus restos humeaban todavía al cabo de algunos días de inmersión, de-

vorados por la accion corrosiva de este nuevo y terrible invento.

Los cristianos de Damasco implorando la proteccion de Abd-el-Kader.

Un pintor de talento que ha viajado mucho y que ha sabido sacar mucho partido de sus viajes, M. Huysmans, ha pintado y tiene actualmente en la exposicion de Amberes un cuadro cuya reproduccion ofrecemos aquí, y que representa al emir *Abd-el-Kader* protegiendo á los cristianos de Damasco durante los degüellos del 9 al 14 de julio de 1860. Nadie mejor que M. Huysmans podia tra-



LOS CRISTIANOS DE DAMASCO IMPLORANDO LA PROTECCION DE ABD-EL-KADER, cuadro de M. Huysmans.

tar semejante asunto. Familiarizado con el Oriente por su larga permanencia en él, este artista ha conocido allí á la mayor parte de los personajes que ha puesto en escena. De todos ellos habla en una obra que publicó en Bélgica á su regreso. Fué recibido por el emir, que gracias á esta circunstancia pudo estudiar detenidamente. El colorido de M. Huysmans es vigoroso, quizá demasiado brillante; pero él debe conocer muy bien cuáles son los efectos del sol de Oriente. Su lienzo encierra hermosos episodios. La madre desesperada que se arroja sobre el cadáver de su hijo, en segundo término á aderecha, es por sí sola un cuadro. En su conjunto esta obra produce honda impresion en los espectadores. H. H.

La fiesta de la cosecha en la Lituania.

En el tiempo de la cosecha los señores de la Lituania, que son muy generosos por naturaleza, conceden á sus aldeanos toda libertad para celebrar dos fiestas que ellos costean y presiden.

La primera de estas dos fiestas tiene lugar al principio de la recoleccion. El primer día de trabajo los aldeanos se reúnen en dos grupos. Las mujeres han elegido durante el día una gavilla de espigas bien granadas, y una vez tomada esta precaucion, los trabajadores se ponen en marcha con direccion al palacio. La jóven que lleva la gavilla camina á la cabeza de sus compañeras, y detrás van los hombres. En todo el trayecto las mujeres entonan un canto sordo y monótono que no cesa hasta llegar á la puerta del palacio. La jóven entrega la gavilla al señor, que segun su peso juzga cuál podrá ser su cosecha; da gracias á la moza dirigiéndola algunas palabras de felicitacion, así como á todas



FIESTA DE LA COSECHA EN LA LITUANIA.

sus compañeras, luego toma una botella de aguardiente de manos del mayordomo, llena una copa de este licor que se lleva á los labios, y figurando que reemplaza lo que no ha bebido, entrega la copa á la jóven, que se guarda muy bien de imitar á su amo.

El mayordomo, que ha vuelto á tomar la botella, llena la copa que pasa de mano en mano, y durante este tiempo cada esclavo que ha bebido va á recibir de manos de una criada su racion de pan, de carne, de queso ó de pepinos. El violinista, impaciente, no tarda en dar la señal del baile. Entonces se forman parejas y se ejecuta un baile en rueda que se prolonga mientras duran las fuerzas de los bailarines.

Los aldeanos poco aficionados al baile acuden entre tanto á visitar al mayordomo, que tiene licencia para distribuir bebidas á discrecion, y la fiesta no se concluye hasta que las teas se han consumido enteramente.

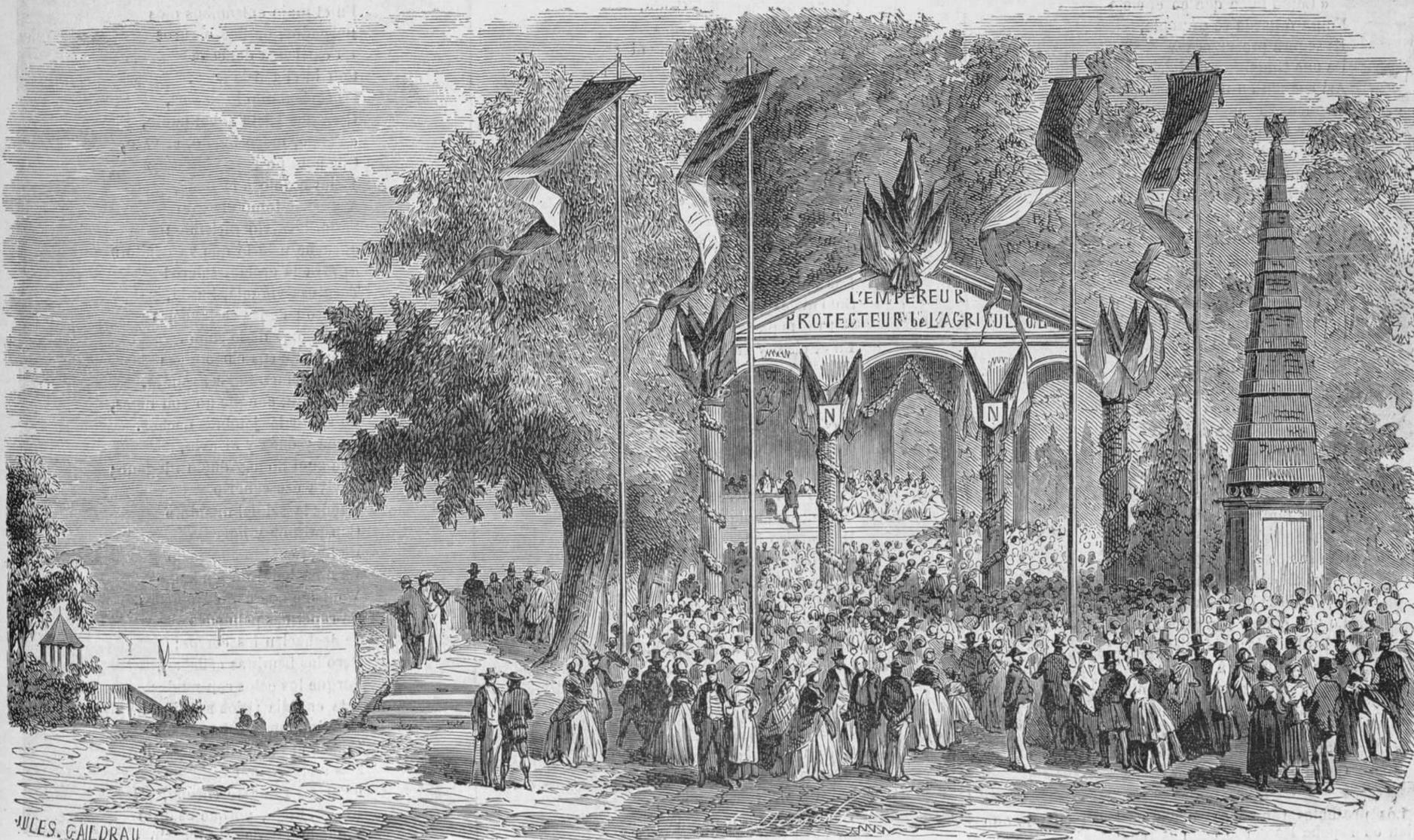
P. P.

Comicio agrícola de Thonon.

El comicio agrícola del distrito de Thonon (Alta Saboya) ha celebrado el 3 de setiembre último su primer concurso anual.

Esta institucion ha encontrado en las nuevas provincias de la Francia una simpatía general, y por eso la fiesta ha sido brillantísima. La distribucion de recompensas tuvo lugar en la plaza del Castillo, que domina el lago Lemán y su magnifico panorama, espléndida decoracion que contribuia al brillo de la fiesta. Nada de lo que acompaña ordinariamente á esta clase de reuniones se olvidó en Thonon, discurso, banquete, baile campestre, iluminaciones, etc.

P. P.



JULES. GAILDRAU

COMICIO AGRICOLA DE THONON (Alta Saboya), DISTRIBUCION DE RECOMPENSAS.

En el album

DE LA NIÑA AURORA PEREZ DE INIGO.

IMPROVISACION.

Eres, niña del alma,
Donosa y bella :
Todos ya lo aseguran,
Nadie lo niega.
Quien á mirarte
Llega solo un momento,
Dice : « ¡Es un ángel ! »

Angel puro, inocente,
Plácido, hermoso,
En quien cifran tus padres
Su gran tesoro.
Cándida estrella
Que alumbrará el camino
De su existencia.

Tus ojos son de cielo,
Tu tez de nieve,
Tu sonrisa graciosa
Blanda y alegre.
Como la brisa
Que de aromas cargada
Vaga indecisa.

Con razon te pusieron
Por nombre Aurora :
La que al dia precede
No es tan hermosa.
Por eso, niña,
Al mirarte decimos :
« ¡Dios te bendiga ! »

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

Romances.

EL BANDOLERO ANDALUZ.

(Continuacion.)

II.

EL AGUARDO.

« Como nube que en el cielo
Negra ó parda se presenta,
Es segura precursora
De una tempestad deshecha,
Así cuando en un camino
Se encuentra una reverencia (1),
¡Pobre fortunilla mia!
No presagia cosa buena,
Pues aunque nada le falte
Por donde va, sale ó entra,
Camina con su breviario,
La absolucion é indulgencia,
Que para matar el hambre
Nos vienen como de perlas;
Y al mismo tiempo nos brindan
Descansos y conveniencias.
Pero no te precipites;
Tente allá, maldita lengua;
Que cosas del otro mundo
No son para juego y fiesta. »
Paso á paso y sin zozobra
Uno, dos y tres se acercan,
Que por esta vez son nones
Aunque á pares siempre entran.
En sus mulas cabalgados,
Porque gerónimos eran,
Con sus sombreros tendidos
Y sus alforjas repletas.
« ¡Pardiez! que comer me sobra,
Lo que quiero son pesetas;
Y los bolsillos de frailes
Siempre huelen á miseria.
Vayan en paz, que así cumplo
Con nuestra madre la Iglesia:
Y ojalá cumpla conmigo
Como yo cumplo con ella. »
Como vinieron pasaron

(1) Los presentes romances se compusieron cuando aun existian en España las corporaciones religiosas.

Y traspusieron la sierra,
Gracia á las inspiraciones
De la enseñanza primera.
En pos en un carricoche
Tirado por cuatro bestias,
Un personaje llegaba
Rellano en su testera.
« A este, que es sobre seguro,
Y que alige euanto lleva,
Y el mayordomo y pagano
De los reverendos sea.
Pero ¡tate! que es don Braulio,
El doctor de Casavieja,
Tan rollizo y cejjunto
Que parece una pantera.
El médico, por mal nombre,
Que tambien busca monedas:
Mas á él las dan de grado
Y á mí me las dan por fuerza.
Aprisiones de este mundo
Donde anda la gente ciega,
Temiéndole á mi trabuco
Sin temerle á sus recetas:
Pues por una fechoría
Que á mi trabuco se deba,
Al trabuco recetario
Se le deberán doscientas.
Pase tambien, que no quiero
Que conmigo se divierta
Si me da un soponcio un dia
Y necesito su ciencia,
Y me manda rejalgar
Para pagarme la deuda.
¡Vamos, fortunilla mia,
Que vienes como de perlas! »
Tambien se escurrió el doctor,
Que no corre sino vuela,
Para asesinar criaturas
Llevando carta y licencia.
« ¿Pero qué es lo que allí veo?
Esto sí que va de veras,
¡Qué moceton y á caballo!
Y un criado con su yegua.
Abajo, y vamos tomando
Pues ya pierdo la paciencia.
Mas ¿no es el corregidor
Del partido de Antequera?
El diablo por otro nombre
Con jurisdiccion completa:
El que si me echan el guante
Y me soplan en la trena,
Por las cuentas del rosario
Me debe ajustar la cuenta,
Y si en renuncio me coge
¡Dios te la depare buena!
Pues si del buchí me libro
Voy con retencion á Ceuta.
Juez y abogado son cañas
Con que ha de tenerse cuenta;
Pues cuando quieren, convierten
Las cosas blancas en negras.
¿Y los escribas?... mas vale
Que me calle; y alza fuera,
Que por hoy ya dí de mano
Pues todo sale de perlas.
Vaya el juez tambien en paz
Y mi atencion agradezca,
Que hasta en el infierno amigos
Es bueno que el hombre tenga.
Las nubes pardas y frailes
Solo males y tormentas
Por todas partes anuncian
En el cielo y en la tierra. »

Como el espíritu impuro
Al descender de la esfera
Sacudiendo entrambas alas
Pugnó por volver á ella,
O angustiado el primer hombre
Del paraiso á las puertas
Oyó las arpas de oro
De las mansiones eternas,
Así abrevado en el crimen
El mortal sobre la tierra
Pugna hácia la luz, y oye
Los ecos de su conciencia:
Empero en vano le arguyen
Sus impresiones primeras,
Y del deber los ensueños
Que en su corazon conserva.
Sigue su rápido curso
Entre espantosas tinieblas,
Y si se para un instante
Su paso veloz renueva.

III.

EL TANGÓ.

« ¡Alabao sea Dios! señores,
Que no se pare el asunto,
Pues yo no me como á nadie
Y quiero fandango y jumo.
Siga la danza y la fiesta,
Y los brándis á menudo,
Y que canten los cantares
Que Juan el Manco compuso;
Pues donde hay tanta majeza,
Tanto garbo, gracia y rumbo,
Quiero yo ser Ganimedes
Sirviendo el néctar á cubos. »
Siguió el tango en el cortijo
Donde estaba tio Canuto,
Con Frasquito el de la Cuenta,
Y Pedro Porras el Mudo.
Y Bastian el de la Chula
Con Ruedas y Roque el Zurdo,
Hombre de moco de pavo
Que volvió del otro mundo,
Pues vino de Filipinas
Donde diez años estuvo.
Tambien estaba la Paca
Con el cuerpo de oro puro,
Pues en tocándole firme
Hay relumbron de seguro.
Blanca cual leche ó espuma,
Y un monte de pelo rubio,
Brillaba la melindrosa
Mas velera que un falucho.
Y la Anastasia, una maja
Que en recogidas estuvo,
Pero fué por testimonios,
Pues no dió motivo alguno.
Cada cual con su cachorra
Se solazaba á menudo,
Dándole besos al vaso
Que corria de uno en uno.
A un lado como en acecho,
Con rostro esquivo y confuso
Estaba una niña aparte
Semi-señora y con lujo.
Enaguas de muselina
Con faraloes al uso
Llevaba, y cortas y alzadas,
Mostrando un pié de tres puntos.
Tomó el bandolero un vaso
Con el jerezano zumo,
Y le dijo : « Reina mia,
Quiero darle á usted un susto.
Con un sorbo me contento;
A esos corales conjuro. »
En el majo entrambos ojos
Rasgados, pardos oscuros
La castísima doncella
Con inteligencia puso.
Y desplegando los labios,
Cerrados hasta aquel punto,
« Venga, mozo bueno, el vaso,
Que aquí no raya ninguno. »
Y llevándolo á la boca,
Apenas le tomó el gusto
Se lo devolvió diciendo :
« Pruebe usted lo que va oculto. »
« ¡Viva la gracia, salero!
Toca esa vigüela, Zurdo,
Y al son de las castañuelas
Bailaremos de lo sumo.
Deme usted sus cinco diges
Y estos cinco tome al punto,
Que están, aunque no son diges,
En servir las jembras duchos.
Toma y daca y al avío,
Que aquí no hay duelo ninguno;
Y viva ese señorío
Y toda la sal del mundo. »
Con primor y ligereza
En todo cuanto ella pudo
La niña bailó un fandango
Y un ole que mató á muchos.
En repetidas palmadas
Se deshacian los curros;
Pero las hembras callaban,
Porque los celos son mudos.
Y la envidia ¡Dios nos libre!
Es animal muy astuto
Y hace el daño cuando puede,
Mas siempre con disimulo.
« Por mi reina te coronó,
Dijo el majo, porque es justo
Y desde hoy de mi albedrío
Has de ser rey á

En esto voces diversas
 Repetían en confuso:
 — Darse al rey; ténganse todos;
 De aquí no salga ninguno.
 — ¡La partida! unos gritaban.
 — ¡La ronda! ¡ay Dios y qué susto!
 Se armó allí una babilonia
 Que en Babilonia no hubo.
 Las mujeres desmayadas,
 Y los hombres como buhos
 Cuando á la luz se encandilan
 Y se quedan como bustos.
 Solo el audaz bandolero
 Sereno asaz se mantuvo,
 Y montando la escopeta
 Entre la puerta se puso.
 «Venga la partida ó ronda
 Y todo el infierno junto,
 Para que el miedo me enseñen
 Que les ha de dar mi zuño.»
 A la voz sin dar mas tiempo
 A intimaciones ni anuncios,
 Se oyeron silbar las balas
 Envueltas en fuego y humo.
 Y allí el triste bandolero
 Sucumbió al poder de muchos,
 Pues donde manda la fuerza
 Todo valor queda nulo.
 Mas aunque preso y herido,
 Fijos los ojos mantuvo
 En el dueño de sus ansias
 Con un valor sin segundo.

Da la impunidad aliento
 Y envuelve en el denso humo
 De la hoguera de los vicios
 Todos los crímenes juntos.
 Es torrente impetuoso
 Sin valladar, ó trasunto
 De la harpía que emponzoña
 Con torvo mirar adusto.
 Cual el brido desbocado
 Salvando fosos y muros,
 Halla el hombre su exterminio
 En un precipicio oculto.
 En vano incauto se acoge
 A su valor inmaturo,
 Sin ver que el valor del crimen
 Es planta de débil fruto.
 Ancora de salvacion
 En la virtud solo hubo;
 La iniquidad solo encuentra
 Su fin trágico y seguro.

J. M. DE ARRAMBIDE.

(Se concluirá.)

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

ASTRONOMIA: — El conocimiento de los eclipses antiguos es de suma importancia, así en la astronomía como en la cronología. Muchos son los trabajos que acerca de este punto se han hecho; pero es corto en realidad el número de los que se han podido determinar exactamente.

El doctor Brugsch de Berlín ha llamado la atención de los astrónomos sobre un eclipse de luna mencionado en una inscripción geroglífica de Karnac, fijando este eclipse en el reinado de Faraon, cuyo bisabuelo fué hijo de Sciabak I, el cual tomó á Jerusalem el año IV de Reliabeam. Brugsch, en su *Historia de Egipto*, al hablar de este eclipse, ha fijado equivocadamente la fecha, confundiendo el cuarto mes de la última tetramenia (estacion de cuatro meses), con el cuarto mes de la primera tetramenia ó sea el mes Chuac con el mes Mesori; error que podría hacer perder mucho tiempo y muchos cálculos á los que quisieran identificar este importante fenómeno.

M. Basil H. Cooper, que acaba de hacer esta operacion, no ha perdonado medio alguno para aclarar el problema. Dirigiéndose primero al sabio Birch del Museo británico, que comparando la traduccion de Brugsch con los textos de Young y de Lepsius, ha descubierto la causa del error. Segun Young, el pasaje en cuestion es este: «El 25 Mesori del año XV del reinado de su noble padre, soberano de Tebas de Occidente, el cielo quedó invisible, luchando la luna...»

Cooper cree haber demostrado que estas palabras se refieren á Sciabak II, padre de Tuchellotis II: queda pues solamente la duda sobre el día del mes, que es el 24, segun Lepsius. M. Cooper sostiene que habria en el lugar de las unidades un 4 y un 5, uno sobre otro, lo que daría 29 para la fecha; y los copistas no han tomado mas que una sola cifra. Sin embargo, M. Cooper ha buscado en la tabla de los eclipses incluida en el *Arte de verificar las fechas*, y no ha encontrado en un espacio de 120 años mas que un eclipse de luna que pueda confundirse con este; y despues se ha dirigido á M. Airy, astrónomo real de Inglaterra, que ha mandado hacer los cálculos necesarios por las tablas solares de Leverrier, y las lu-

nares de Hausen. De este cálculo resulta que el 16 de marzo del año 851 antes de J. C., á las 6 h. y 10 m. de la tarde, tiempo de Greenwich, hubo un eclipse de luna. Pero precisamente el 16 de marzo es el 29 mesori en aquel año, lo que demuestra la verdad de la suposicion de Cooper.

Hay pues ya un punto de partida para desembrollar la oscura cronología de los reinados comprendidos entre Tiraka y Sciabak II. Cooper, fundándose en el hecho que ha fijado, y en otras indicaciones de monumentos, establece una cronología muy diferente de la de Manethon.

Edad relativa de los cráteres lunares. — En uno de los últimos números de las *Monthly Notices*, ha publicado M. Birt algunas ideas importantes sobre la produccion de las desigualdades superficiales de nuestro satélite. M. Birt ha dedicado mucho tiempo al estudio de los cráteres próximos á los espacios blanquecinos que los astrónomos han convenido en llamar mares; y ha observado que con frecuencia los bordes de estos espacios parecen haber experimentado una destruccion parcial por el lado en que están en contacto con el mar. Entre los muchos cráteres que se prestan á esta observacion, sobresalen *Doppelmayr* y otros dos sin nombre situados entre este y *Vitelius* al Sur del *Mare Humorum*: é *Hippalus* situado al N. O. de este mar. Estos ofrecen señales bien perceptibles de un hundimiento por el lado del *Mare Humorum*, y como producido por una erupcion de la masa verdosa que cubre este mar. Parece confirmar esta suposicion el que la tinta verdosa del *Mare Humorum* llega hasta lo interior de la parte de las murallas de *Doppelmayr* que ha quedado intacta.

El menor de los cráteres próximos á este parece gravitar sobre este último, lo que indica que su formacion es mas reciente, segun la teoria de Humboldt que considera á las montañas anulares de la luna, como cráteres formados por erupciones intermitentes.

Las murallas de *Vitelius* están aun enteras y bien cortadas, por lo cual cree M. Birt que este cráter indica una erupcion posterior al nacimiento del *Mare Humorum*.

Simultánea tal vez con la formacion de *Gassendi*, al paso que *Doppelmayr*, *Hippalus*, y los dos cráteres próximos serán anteriores á la formacion del *Mare Humorum*, siendo el menor de todos ellos y de mas reciente formacion.

El mismo M. Birt, observando el 22 de marzo de este año el planeta Júpiter, descubrió unas sombras móviles é irregulares que le hacen creer demuestran el rápido movimiento de las nubes en la atmósfera de este planeta.

M. Pogson ha descubierto el 17 de abril último en Madras un asteroide de 11^a á 12^a magnitud; y como es el primer planeta que se ha descubierto en aquella parte del mundo, ha recibido el nombre de Asia. En la numeracion de los asteroides llevará el número 70, porque su descubrimiento se ha sabido en Europa despues de haber dado el número 69 al último planeta que ha descubierto Goldschmidt.

El planeta 68, descubierto por Schiaparelli, ha recibido el nombre de Hesperia.

METEOROLOGIA. — *Prediccion del tiempo:* — La importancia de la prediccion del tiempo es tal, que aunque sea muy poco lo que sobre ella se haya descubierto, y muy oscuro el porvenir que espera á este problema, son muchos los hombres eminentes que están haciendo grandes estudios meteorológicos para resolverle.

M. Coulvier-Gravier, examinando la curva que representa las resultantes de las direcciones seguidas por las estrellas fugaces desde 1^a de enero, y la curva de las perturbaciones en el mismo tiempo, y comparando estas dos curvas con las de los años precedentes, cuyo carácter meteorológico general es conocido, cree poder anunciar si el año que principia es seco ó húmedo, frio ó caloroso. Despues de hecha esta comparacion, Coulvier-Gravier cree que el año 1861 será lo mismo que 1857 y 1858 mas seco que húmedo, y de un calor medio entre el calor moderado y el calor excesivo.

Hé aquí lo que dice acerca de M. Coulvier uno de los primeros periódicos científicos de Paris:

«Esta es la primera vez que el infatigable observador del Luxemburgo aplica al porvenir su larguísima experiencia. Es preciso tener presente que M. Coulvier se funda únicamente en el exámen, en la discusion de hechos físicos, y de ninguna manera en teorías mas ó menos abstractas; no es pues un profeta, ni un adivino, es un intérprete de los fenómenos naturales.»

M. Coulvier se compromete, siempre que le den medios para ello, á publicar en un boletín meteorológico regular, la prediccion de muchas perturbaciones atmosféricas, que ha reconocido varias veces en la parte alta de la atmósfera antes de que lleguen á la superficie de la tierra.»

INDUSTRIA: — Los señores Ruolz y Fontenay han conseguido, despues de muchos años de ensayos, un producto que designan con el nombre de terciá-plata ó plata terciada, que contiene una tercera parte en peso de plata pura, de 25 á 30 por 100 de níquel, y de 37 á 42 por 100 de cobre. Su preparacion es un gran trabajo químico, porque los elementos que le componen, fundidos juntos, dan un producto sin homogeneidad, una mezcla imperfecta mas bien que una combinacion.

Para conseguir la combinacion, Ruolz y Fontenay han recurrido al empleo de algunos elementos que faciliten la fusion, entre los cuales se cuenta el fósforo. Sin embargo, el cuerpo resultante no puede tener aun ninguna aplicacion en la industria, porque es muy frágil.

Pero una segunda preparacion elimina al fósforo, y la aleacion presenta entonces todos los caracteres de un metal simple y todas las propiedades que dan la superioridad á los metales preciosos. Tiene el color del platino, y el pulimento le da una gran brillantez. Entre sus demás propiedades se cuenta la dureza y la tenacidad, la ductilidad y la maleabilidad; es muy difícil de fundir, muy sonoro, inalterable al aire, y solo pueden atacarle los ácidos mas enérgicos. No tiene olor alguno, y su peso específico es un poco inferior al de la plata.

Desde luego pueden comprenderse las grandes aplicaciones que este nuevo metal puede tener en la industria, reemplazando en mucha parte á la plata, sobre la cual tiene la venta-

ja de la duracion y del precio, que se reduce á un 40 por 100.

Los químicos que le han descubierto han propuesto una aplicacion inmediata: la fabricacion de la moneda, acerca de cuyas ventajas se expresan de esta manera:

«La preparacion del nuevo metal exige operaciones y precauciones particulares que hacen muy difícil su falsificacion.»

La naturaleza de sus elementos es tal, que no sería fácil la exportacion. Su duracion, mucho mayor que la de la plata, haría menos necesaria la continua acuñacion de la moneda, porque el busto y las armas se alterarian mucho menos. Es de advertir además, que la pérdida anual de la moneda en circulacion por el roce, que Faucher calcula en 180 millones de francos, se reduciría notablemente.»

ELECTRO-DINAMICA. — *Aplicacion de la electricidad como motor:* — Ultimamente se verificó en Sevilla el ensayo de un nuevo electro-motor, que con el nombre de *dinamo venicien*, exhibió ante una numerosa concurrencia su inventor y constructor don Victor Venicien. La máquina funcionó por largo rato con perfecta regularidad, parándola su autor ó poniéndola de nuevo en movimiento, con una facilidad notable, sin golpe ni vibracion ó sacudimiento, segun hubiera podido temerse de la complicacion de sus piezas y órganos. Asimismo levantó una masa de hierro como de unas veinte arrobas de peso, sin que sufriera interrupcion ni detencion la uniformidad y regularidad de la marcha.

No conociendo aun mas que por descripciones incompletas este aparato, no podemos decir sobre él mas que el buen resultado de los ensayos hechos hasta ahora

MEDICINA: — Los periódicos de la India se ocupan de notabilísimas curas de cólericos que verifica el doctor Honigberger, á quien dan en Calcuta el nombre de *cólera-doctor*. Honigberger ha descubierto que la infusion de *quassia amara* cura casi infaliblemente el cólera y aun preserva de esta terrible enfermedad, y ha experimentado su remedio en millares de casos. Practica una incision en el brazo izquierdo, y así que aparece la sangre, derrama en la picadura tres ó cinco gotas de dicha infusion. La sangre se coagula en seguida, y se aplica un vendaje que es necesario mantener húmedo. Cuando hay calambres en los muslos, se hace la incision en la parte mollar de la pierna. Solo se deja al enfermo beber agua fria ó sorbetes, y algunas veces se le echa una rociada de agua fria en el cuerpo y la cabeza, porque la *quassia* produce mucho calor en la sangre. La *quassia amara* es un arbusto de la familia de los rutáceos y se le encuentra en la Guyana y cerca de Surinam. Su raíz, que es amarguísima, se emplea por los médicos como tónico y febrífugo, y aun se dice que algunos fabricantes de cerveza reemplazan con ella el lúpulo.

ESTADISTICA: — El resultado total del censo que acaba de verificarse en la Gran Bretaña, es ya conocido, y da á aquellas islas una poblacion de 29.031,164 individuos. De estos, 21.061,723 corresponden á Inglaterra y Gales, 3.061,117 á Escocia, 5.764,543 á Irlanda y 143,779 á las islas del canal y á la de Man. El aumento total en estos diez años ha sido de 1.519,302 individuos, ó sea un 6 por 100 para el total y un 12 por 100 para Inglaterra. En estos diez años han emigrado 1.230,986 irlandeses y 823,837 naturales del resto del reino. A pesar de esta enorme emigracion y de otras causas propias para contener el desarrollo, como la guerra de Oriente, el cólera, la rebelion de la India, la crisis mercantil y las irritantes conspiraciones de los obreros para obtener aumento de jornal, la poblacion del Reino-Unido ha aumentado en mas de millon y medio.

ALIMENTACION: — El señor Julio Fontenelle, en una Memoria que leyó poco hace á la Academia de ciencias de Paris, ha dado á conocer muy curiosos é importantes resultados acerca de la cantidad de sustancia nutritiva seca que los diferentes alimentos encierran. De ella resulta, que 100 libras de carne magra de vaca, reducida al estado de sequedad, dan de 32 á 35 libras de sustancia nutritiva: las mismas 100 libras de carnero, dan de 31 á 34 libras; de ternera, de 26 á 28; de cerdo, ganso, liebre y perdiz, de 31 á 32; de gallina y conejo, de 30 á 31; de pescado, segun las diferentes especies, de 12 á 25; de harina de trigo, 91 á 92; de habas, lentejas, guisantes, judías secas ó arroz, de 91 á 92; de espinacas, 14; de coles, de 8 á 9; de zanahorias, de 12 á 15, y de remolachas de 3 á 4. Aplicando luego estos diferentes términos de comparacion á las sopas económicas, se ha encontrado que una racion regular de sopa ó potaje de guisantes contiene 6 onzas, 1 dracma y 50 granos de sustancia alimenticia; una de habas, 5 onzas, 5 dracmas y 8 granos; una de lentejas, 6 onzas y 36 granos; una de nabos, 2 onzas, 2 dracmas y 4 granos; una de coles, 2 onzas, 2 dracmas y 8 granos, y una de la sopa llamada del cura de Santa Margarita, compuesta en gran parte de judías secas, patatas y pan, da 10 onzas y 11 granos y por consiguiente es cinco veces mas nutritiva que las de coles y nabos.

El P. Giacomo.

El P. Giacomo (Luis Maroco), franciscano de los *Minorí osservanti reformati*, nació en 1808 en Poirina, aldea de las inmediaciones de Turin.

Encargado de la parroquia de la Madona de los Angeles, esta posicion le obligó á intervenir en las reñidas controversias que dividian su orden. En 1848, una fraccion de los franciscanos llevaba á la barra de la Cámara de los diputados una queja violenta contra la *ribaldia* de sus superiores. Semejante ejemplo dió al P. Giacomo la independenciam de ideas que le conquistó la inalterable amistad de su ilustre feigrés el conde de Cavour.

Mucho se ha dicho sobre los incidentes de la muerte

de Cavour, que pusieron en evidencia al P. Giacomo, que fué llamado á Roma.

La *Civitta cattolica*, periódico que puede pasar por oficial en asuntos de esta especie, cuenta lo ocurrido de este modo:

«Apenas llegado á Roma, donde habia sido llamado por los superiores de su orden, el P. Giacomo da Poirina fué recibido en audiencia por Pio IX, quien le dirigió la palabra en éstos términos:

«Sabemos que á todos los que os preguntan lo que pasó en la muerte del conde de Cavour, respondeis invariablemente: «Se trata del secreto sacramental de la confesion y no puedo decir nada.» Para no exponernos á recibir de vos semejante respuesta que aquí seria un insulto, os declaramos que el secreto de la confesion es tan inviolable que estais obligado á guardarle en presencia de toda autoridad, sea la que fuere, aun cuando fuera la mas alta, aun cuando fuera la nuestra. Pero en la muerte del conde de Cavour ha habido actos exteriores y visibles para todo el mundo; le han administrado el viático, le han dado la extremauncion. Este acto exterior de administracion de los sacramentos exigia necesariamente otro acto exterior, la retractacion, sin la cual vos, su cura, no podiais consentir en administrarle los sacramentos de la Iglesia. Como han tenido lugar esos actos exteriores, es lo que nos, guardian de la disciplina de la Iglesia, queremos saber por vuestra boca.

» A estas palabras tan graves, el P. Giacomo respondió contando lo que ya sabia todo el mundo, que no habia habido retractacion, porque él no habia creido entonces deber exigirla. Confirmó por escrito esta contestacion, exponiendo la série de los hechos ocurridos en tan dolorosa circunstancia; y sin confesar explícitamente, segun el deseo de la autoridad eclesiástica, que habia faltado á su deber, quizá en razon de la dificultad de las circunstancias, declaró únicamente de un modo general que si en algun modo habia faltado, pedia que se le perdonara. Alcanzado así, aunque imperfectamente, el objeto de su viaje, le dejaron marchar, prohibiéndole únicamente administrar en lo sucesivo los sacramentos, puesto que no habiendo sabido ó querido, en un caso tan evidente, llenar el deber de un ministro de la Iglesia, no podia, sin detrimento para las almas, ejercer tan importantes funciones.»

De vuelta en Turin, el P. Bernardino, ministro general de la orden, suspendió *à divinis* al P. Giacomo y le quitó la administracion de la parroquia. Estos hechos, apreciados diferentemente, suscitaron aun en el mismo seno de la orden profundas discusiones.



EL P. GIACOMO, confesor del conde de Cavour.

De este modo el superior del convento de Turin suspendió al cura de la Madona de los Angeles, P. Ignacio de Montegrasso, por haber criticado con ardor la conducta del P. Giacomo en dos cartas dirigidas á la *Civitta cattolica* y á la *Stella d'Etruria*.

Largo seria entrar en los pormenores de esta guerra intestina; bástenos añadir que el P. Giacomo se ha conquistado en Turin una gran popularidad, y que su retrato figura en las estamperias al lado de los de Victor Manuel, Cavour y Garibaldi. D. O.

La cárcel Mazas en Paris.

La cárcel Mazas, situada en el boulevard de este nombre y concluida á principios de 1850, fué hecha para reemplazar otra cárcel antiquísima llamada la *Vieille Force*, cuya historia data del siglo XIII. En el año 1263 era la morada de Carlos de Anjou, hermano de san Luis; en el siglo siguiente pasó á ser posesion de los condes de Alençon, y luego fueron sus dueños los condes de Navarra. Antonio, el padre de Enrique, vendió este palacio al cardenal de Meudon, que le hizo reconstruir, aunque no vió terminadas las obras. A principios del siglo XVI pertenecia á los Orleans Longueville, condes de Saint-Paul, lo que le valió el nombre de Hotel Saint-Paul. A fines del reinado de Luis XIV se dividió en dos partes este edificio; la una formó el hotel de Brienne, y la otra fué adquirida en 1715 por los hermanos Paris, que la cedieron al ministro d'Argenson por cuenta del gobierno. Querian establecer allí una escuela militar, pero mas tarde, por idea de Necker que hizo suprimir las cárceles del Fort-l'Eveque y del Petit-Chatelet, se trasladaron allí los presos en 1782. En ese encierro perecieron durante el terror la infortunada princesa de Lamballe y tantas otras víctimas.

En 1830 el mal estado de las construcciones de la Force llamó la atencion de la autoridad, y se decidió la



LA CARCEL MAZAS EN PARIS.

edificacion de otra cárcel en reemplazo de aquella; el decreto es de fecha 17 de diciembre de 1840. Sus arquitectos han sido MM. Lecoq y Gilbert.

Las actuales construcciones consisten por el lado del boulevard en un edificio de administracion con dependencias y patios, que comprenden la prision, la escri-

bania y las salas de depósito de los detenidos; en los pisos principal y segundo están las habitaciones del alcalde y de los empleados con los almacenes de ropa blanca. La prision propiamente dicha, enteramente aislada por un camino de róna, ofrece cinco patios; seis cuerpos de construcción convergen en torno de una sala cen-

tral destinada á la vigilancia general. Como el sistema de esta casa de detencion (sistema celular) es el aislamiento de dia y de noche, las construcciones están dispuestas de modo que forman varios pisos de cuartos; cada uno de estos edificios contiene doscientos presos. P. B.